

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo MADRID

VOLANDO SOBRE EL MAR



El aviador Hedilla, en su hidro-avión, en el instante de disponerse a emprender el raid Barcelona-Palma, no realizado hasta el momento, que efectuó con fortuna
(Foto Rozas.)

TORERO MEJICANO, HERIDO



El torero Juan Silvetti, en el Hospital de Valencia, acompañado del doctor Ferrer'Peris, del empresario de aquella Plaza, Sr. Guañabensy y de su hermano Manuel.
(Foto. L. esfilis)



Salvador Hedilla (1), acompañado de su señora (2), saludando al público en Palma de Mallorca, después de efectuar el raid en que ganó la copa del Mediterráneo, ofrecida por S. M. el Rey y muchas felicitaciones.
(Foto Miguel A. Durán)

VAPOR JAPONÉS, TORPEDEADO



Oficiales y marineros japoneses, tripulantes del vapor "Daiyet-Humarn", que, cerca de Barcelona, fué torpedeado por un submarino austriaco, a bordo del vapor griego "Emmanuel", que los recogió, en el puerto de Melilla.
(Foto Lázaro.)

LOS DIPUTADOS EN PALACIO



La Mesa del Congreso, que entregó al Rey la contestación al discurso de la Corona de España

LA SEMANA

Año I

8 Julio 1916

Núm. 8

HAY QUE CONTAR

Siempre he creído que el problema catalanista hay que plantearlo de un modo objetivo, impersonal; afrontando, cara a cara la realidad, sin deformarla, agrandarla ni achicarla a través de un libro o de un discurso, o de un temperamento intelectual o de un humor oratorio.

Datos, hechos, documentos, casos, números, informes, estadísticas, testimonios, todo lo que puede constituir, en fin, material que ofrezca al juicio ajeno, en vez de dogmatizar y querer imponer la opinión propia.

Por eso decía en uno de los primeros números de la LA SEMANA: *hay que leer*.

Y traducía y copiaba textualmente frases muy expresivas de caracterizados catalanistas, dejando el comentario al curioso lector.

Pero no basta con leer.

Hay que contar.

Y allá van unas cuantas cifras para cuya apreciación no hacen falta ni tablas ni aritmómetros.

En las elecciones de 1907, cuando la Solidaridad catalana, tuvo en Barcelona Salmerón, 39.935 votos, 40.000 en números redondos.

Ahora, en las últimas elecciones, el señor Rusiñol, que es el favorecido por mayor votación, ha logrado 24.515 sufragios.

En 1907 votaron 69.411 electores, y de ellos las dos terceras partes se pronunciaron por la Solidaridad.

Ahora los votantes han sido 56.000, y restando de ellos 24.515, resulta que frente a la Lliga Regionalista había 8.000 electores más que con ella.

Pero aún hay más.

El Censo electoral de Barcelona en 1907 alcanzaba la suma de 125.792.

El Censo actual es de 148.000.

Ha aumentado el número de electores y ha disminuido el número de votos regionalistas.

Veinticuatro mil es menos de la sexta parte de 148.000.

Y con ese *quorum* ¿se puede hablar en nombre de Cataluña?

¿Se puede prescindir de los 92.000 electores que se han quedado en casa?

¿Y se puede compartir el optimismo de Maura y su fe en el proyecto de Administración local, en presencia de tan notorio fracaso de la célebre ley del voto obligatorio?

¿Cuál es el verdadero problema catalán?

Para mí, el retraimiento electoral. Las dos terceras partes de los ciudadanos se abstienen de votar, a pesar de la insinuante y sugestiva propaganda de las candidaturas beligerantes.

Obligados a optar entre catalanistas y radicales, se alejan de los primeros por amor a la unidad nacional, y de los segundos por lo que estos significan contra

la monarquía y contra lo que suele llamarse clases conservadoras. (No he de negar el importante contingente que al retraimiento aportan los anarquistas y sindicalistas, enemigos declarados de las elecciones.)

De todos modos insisto en que la cuenta es bien sencilla.

Hay en Barcelona 148.000 electores, y de ellos, sólo 24.000 han votado con la Lliga Regionalista.

¿Está claro?

Pues aún ha de venir el Tío Paco con la rebaja.

Ahora resulta, en efecto, que si las reivindicaciones nacionalistas del Parque de Güell hubieran sido el programa electoral de la Lliga, muchos de esos votos le hubieran faltado.

Los católicos de la Defensa Social lo han dicho bien claro en un contundente manifiesto, del que vale la pena reproducir los siguientes párrafos:

«Tampoco puede pasar sin protesta la absorción que se hace de Cataluña para hablar en nombre de ella.

Nosotros no sabemos si en las venideras conferencias de la paz habrá alguien, como se supuso, que diga al representante de España que no puede hablar en nombre de Cataluña, pero sí sabemos que en esta tierra no son ya pocos los individuos y colectividades que han negado a los hombres de la Lliga la facultad de expresarse en su nombre.

Y vale la pena de hacer constar que entre éstos figuran muchos de los que votaron en Barcelona la candidatura regionalista abiertamente recomendada por este Centro y otros elementos de las derechas para evitar el triunfo lerrouxista, y muy pocos han de ser los votos que se atribuyan a las derechas (que en las elecciones legislativas de 1910 lograron en Barcelona cerca de 10.000 votos) para no ver claro que a ella hay que atribuir los 3.000 votos de mayoría que sobre la candidatura radical obtuvieron los de la Lliga que ahora se jactan de haber triunfado solos contra todos.»

Añádase a esto análogo repudio de parte de los mauristas (que algunos votos tienen en Barcelona), y saque las consecuencias el curioso lector.

Yo no tengo autoridad para dictar a nadie su opinión.

Pero tengo el derecho a hacer preguntas y a formular y concretar ciertas cuestiones.

¿Hay derecho a llevar al Parlamento un programa distinto del que se ha presentado a los electores?

¿Tienen obligación un gobierno y un partido que acaban de obtener una aprobación casi unánime al Mensaje de la Corona, de plantear cuestiones que no han sido puestas en los labios augustos de S. M. el Rey?

¿Quién va a gobernar en España?

Si en 1907 tuvieron los catalanistas de Barcelona 40.000 votos y ahora sólo han logrado 24.000, ¿cómo se explica que habiendo perdido la mitad de su fuerza dupliquen y multipliquen sus exigencias y sus pretensiones?

¿Por qué, al disminuir su poder, ha aumentado su osadía?

¿Será porque no esté Maura en el banco azul?

Acaso hayan tomado al pie de la letra una célebre frase de Melquiades Álvarez.

Están entonces, completamente equivocados.

Porque el partido liberal y su ilustre

jefe sabrán demostrar que no hace falta Maura para que los Gobiernos mantengan la dignidad del Poder público.

Antonio Royo Vilanova

MILAGROS TAURINOS

Yo no sé si ustedes, estimabilísimos lectores, creerán o no en ellos; pero por incrédulos que sean, ya no les cabrá duda alguna de lo fácilmente que un diestro entra en el periodo agónico, para inmediatamente, o muy poco después, no sólo restablecerse y curarse, sino adquirir una consistencia orgánica jamás tenida y una salud a prueba de bomba.

El caso, que en pocos días se ha repetido, tiene su pro y su contra. El pro favorece a los habilísimos y eminentes cirujanos, que de tal manera levantan muertos que no habrá timba en la que no sean objeto de constante vigilancia, suponiendo que les agrade molestar al sufrido Jorge dándole tironazos de la famosa oreja.

El contra se fundamenta en la incredulidad, y, a semejanza de lo que se relata en la conocida fábula, llegará la catástrofe con la aparición del lobo, y aún no se creará en tal aparición.

Yo, muy acostumbrado a estos lances y trances tauromáquicos, yo soy uno de los más admirados. Yo he visto los tremendos destrozos causados por las afiladas astas, y he contemplado la violenta salida de la sangre, y he ayudado a taponar boquetes, y he caído en los pesimismo de los primeros momentos. Y, sin embargo, yo hago (como seguramente han hecho ustedes), las siguientes consideraciones, ateniéndome a los tres últimos casos taurómaco-cadávericos.

Francisco Madrid.—El vientre de par en par, el hígado columpiándose, la herida como un fuelle... Bueno. Pues a los ocho días, cuando aterrado fui a conocer las últimas palabras del moribundo, el moribundo se merendaba tranquilamente un pollo, y se deleitaba escuchando el molesto carraspeo de un gramófono.

Pacomio Peribáñez.—La pléura con ventiladores, el pulmón como un trapo, los colapsos en serie, el sacerdote vistiéndose atropelladamente... Y de pronto, ¡pum!, Pacomio que se anima, Pacomio que pregunta qué hacen en Apolo a última hora, y Pacomio que se dispone a ir a Valladolid a parlamentar con el ordinario.

Juan Silvetti.—Un pulmón en pedacitos, la arena empapada en sangre, la religión cumpliendo sus santos deberes... Y cuatro días después, Silvetti que revive, Silvetti que se lia con el hemostil, núcleo-fosfato y ceregumyl, y Silvetti dispuesto a cruzar el charco para tomar las armas en defensa de la independencia de su país.

¿Cómo explicarse tan radicales cambios en tan poco tiempo? ¿A quién culpar de la exageración de esas rápidas alternativas entre la vida y la muerte? A la ciencia, no, porque la ciencia certifica lo que ve, y dictamina lo que el mal ordena dictaminar. ¿A la Prensa? Tampoco a la Prensa. ¡eh, malévolos hermanos!, porque se limita a poner muy poco de su cosecha en lo que le comunican para que a su vez lo comunique. ¿A quién, pues, culpar?

A nadie. Ello es particularidad rara del instrumento que hiere. La inmensa mayoría de las heridas por asta de toro no tendrían solución al ser causadas por una navaja, un puñal o un proyectil. El proyectil, el puñal y la navaja cortan, parten, seccionan. El cuerno desgarrar, tunde,

EL SOMBRERO DE ÚLTIMA MODA



La gentil bailarina inglesa Vernon Castle, esposa de un famoso aviador de guerra, es una de las reinas de la moda mundial. Recientemente ha iniciado en Londres la moda del sombrero de tela transparente, con que aparece en nuestra fotografía, el cual ha sido en seguida adoptado por otras damas. Pronto pasará a Francia y no tardará en llegar a España.

machaca, tritura. La arteria tropieza con el cuerno, y su flexibilidad la hace doblarse y dejarle pasar. El instrumento cortante o punzante agujerea, o corta, o pincha sencillamente en esa misma arteria, y el mal suele ser irremediable.

¿Qué me propongo al hacer esa manifestación, tal y como la veo, tal y como la entiendo? Aconsejar que nadie se ofenda cuando se vea enviado al cuerno, y procurar que se reconozcan las bondades operadoras y curativas de esas terribles armas que adornan las cabezas de las reses bovinas.

¿Quieren ustedes conocer otros milagros taurinos tan curiosos como los que quedan reseñados? Pues oído a la caja.

Saturnino Aransáez tenía un tumor en el estómago, cuya extirpación era comprometidísima. El lo sabía, y no accedió jamás a operarse; pero cogido por un toro, el agudo pitón dió sobre el tumor, lo sajó perfectísimamente, y Aransáez, una vez curada la herida, quedó como nuevo.

Tomás Alarcón estaba desesperado. La última muela de arriba le molestaba lo indecible, y la extracción ofrecía serios peligros que pudieran alcanzar a nervios del ojo correspondiente. Pues una buena tarde, al arrancar a matar, abrió la boca para azuzar al toro, éste introdujo el pitón en aquella boca abierta, y ¡zás! La pícara muela sacada con una limpieza extraordinaria.

Angel Pérez, Boli, entró en la enfermería gravísimamente herido; y abierto y rajado sin com-

pasión para apreciar las trayectorias de la cornada, vieron los médicos una friolera. ¡Un tumor maligno y una hernia casi estrangulada!

¿Resultado? Que gracias al cuerno se acudió a tiempo, y que el torerillo sanó de la cornada y se vió libre de lo que hubiera concluido con su existencia.

¡Oh, los cuernos!... ¡Cuán beneficiosos para asegurar a muchos mortales la buena vida (hay abundantes casos tauromáquicos y de los otros), y cuán propicios a poner de manifiesto la existencia de los milagros taurinos!...

Angel Caamaño
(El Barquero.)

PEQUEÑECES

A los postres del banquete con que fué justamente obsequiado noches atrás, Anglada Camarasa, el Sr. Cambó y el director de Bellas Artes y el Sr. Francos Rodríguez hablaron de solicitar del Estado «que no salgan de su país los cuadros del ilustre pintor».

¿De su país? ¿Y a cuál llaman esos señores el país de Anglada?

Porque resulta que el Sr. Anglada, que nació en España de padres españoles, se hizo por su voluntad súbdito francés.

De modo, qué...

• •

El ex concejal socialista Sr. García Cortés, tiene interés en que se apruebe del Extrarradio. ¡Vaya, hombre, vaya, otro interesado!...

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

¿Que cuándo y cómo ganó la primera peseta? Supongo que no se tratará de una sola peseta, porque pocos serán los que hayan recibido esa mínima cantidad, por primera vez en su vida, como recompensa o pago de un trabajo suyo.

Sin duda alguna se trata de una peseta contenida en la primera cantidad recibida por esfuerzos, honorarios o algo así; porque si estuviera contenida en la primera cantidad percibida por herencia, renta, sueldo o cosa parecida, pocas veces tendrá interés el recuerdo de la fecha y accidentes de tal acaecimiento.

Y en un sueldo *entraba la mía*. Y, no obstante, ¡con qué emoción lo recuerdo!

¡No se trataba del sueldo de un destino obtenido por gracia, sino del cargo de aspirante de Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos que se obtenía al empezar el quinto año de la carrera, es decir, después de seis años necesarios para obtener el grado de Bachiller, dos de preparación fuera de la escuela y cuatro dentro de ésta, que suman nada menos que doce, de los cuales la mitad *¡tentan*, como ahora se dice, *que ver!*

No recuerdo ya cuanto importaba la primera paga del primer mes, porque no sé si el sueldo era de seis o cinco mil reales, creo que cinco; pero como no sé qué descuentos había entonces, sólo puedo decir que aproximadamente importaría unas ciento o ciento cuatro pesetas, no pudiendo ser ninguna de estas cantidades por lo que ahora diré, y que, como se ve, *¡tiene poco que ver!*

Y, sin embargo, cuando la vi, sufrí una emoción intensísima, y no me atreví a tocar el montón de monedas que el habilitado dejó sobre mi mesa, hasta que me sacié en su contemplación y tuve perfectamente decidido el empleo que había de darle, poniendo en relación magnitudes tan de semejantes como la de los grandes afectos que me inspiraban su destino y la de la cordedad extremada de aquel *tesoro mío*.

Había quedado encima *una media peseta* de las que entonces corrían mucho, tan completamente borradas, que no se veía en ellas el más mínimo rastro del cuño. La cogí tembloroso, y aquella primera moneda que había caído en mis manos ganada por mí, fué agujereada y colocada de colgante en la cadena del reloj, con el propósito de llevarla toda mi vida y de encargarme de su conservación a mis hijos.

Después venía un duro, que le di en un estuche apropiado a mi padre.

Bien estaba el recuerdo en dinero para quien empezaba a ganarlo y para quien había ganado para cuanto yo necesité hasta entonces, que no fué poco, en relación con lo modesto de mi familia; pero los demás *regalos* tenían que ser objetos de cierta significación, a saber: a mi madre una cruzcita de oro, y a mi hermano y a una prima que vivía con mis padres y a quien quería como hermana... ¡todo cabía dentro de cien pesetas! No sé qué habrá sido de estas *alhajas*; seguramente se conservará el duro de mi padre, que era el hombre más ordenado y cuidadoso que he conocido; pero ¡ay!, aquella querida media peseta... la han perdido mis hijos, con la cadena y con el reloj; y, verdaderamente, del reloj y de la cadena no me he dolido lo más mínimo; pero la media peseta aún la estoy llorando.

¡Quién pudiera volverla a ganar con aquella alegría, aquella salud y aquellos pocos años! ¡Era el año 70!

Pero sin perder la familia que he creado, para la que he vivido, para la que he trabajado y ganado todas las pesetas que han venido después de la primera, que me ha hecho y me hace feliz, por la que aún trabajo y por la que únicamente siento ser viejo, ¡puesto que tendré que dejarla perdiendo entonces de una vez dos vidas: la física, que me importa muy poco, y la de familia que debiera ser, como el alma, inmortal!

¿De donde resulta que es más acertado no desear novedades y dejar venir las cosas como vengan, que será lo mejor, y en todo, caso inexcusable!

Amós Salvador

Probad los espárragos TREVIJANO

LA GUERRA

Montaigne ha dicho que la razón humana es un jarro con dos asas, que lo mismo se puede coger por la de la derecha que por la de la izquierda; de todos modos se coge el jarro. Estos días, los que en la batallona cuestión de la guerra que tanta sangre y tanta tinta ha hecho verter, llevan cogida la razón por el asa de la izquierda, han elevado el jarro lleno de espumoso champagne a la altura de las nubes y brindan por los cosacos (que van a tener que ensanchar Rusia para que quepan los prisioneros que hacen), por los italianos a quienes ven escalando de nuevo los Alpes, y por los franco-ingleses, que hartos ya de marchar por galerías subterráneas para encaminarse a Berlín, han optado por imitar a sus contrarios, y después nada más que de siete días de bombardearlos y de asfixiarlos con gases, los ingleses, por lo visto, han pensado que pues el Creador, y era el Creador, después de siete días de trabajo descansó, no han de ser ellos menos; se han sentado por lo visto y no adelantan un paso, mientras que los franceses, llevando en vanguardia legiones de negros, han avanzado al Sur del Somme. ¿Me permiten ustedes que yo coja el jarro por el asa de la derecha y lo llene de cerveza? ¿Que ya lo he cogido?... No; todavía no he hecho más que alargar la mano... Sólo veintitrés meses han tardado los aliados en prepararse para acometer a los imperios centrales simultaneando sus esfuerzos... De la acera de enfrente oigo un grito: ¡Cuarenta años tardaron sus enemigos en acopiar material y afilar la espada!... Siempre se exagera un poquito; pero, en fin, aceptemos el hecho como cierto, y puesto que la guerra tiende a sustituir al hombre por la máquina y puesto que tirios y troyanos conceden a los imperios centrales que aunque bárbaros tienen su industria a una altura colosal (con c, con k o con q, como ustedes gusten), y como no se habrán estado mano sobre mano durante estos dos años de luchas sin treguas, bien hace Gustavo Hervé en reconocer que todavía no han igualado los aliados a sus enemigos en esta esencial cuestión de la producción de material, ergo... No hay ergo que valga, se me dirá. Cuento, cuento lo que ha ocurrido y no escamoteo usted el jarro, que los hechos son los hechos y la verdad no es más que una... Empuño un catalejo, doy una vuelta al horizonte y veo a los rusos en Asia suspirando por ver Constantinopla siquiera sea desde lo alto de un cerro (*vedi Napoli e poi muori*) sin que lleven trazas de lograr sus deseos, pues los turcos, desde el golfo Pérsico al mar Negro han tomado la ofensiva hace tiempo y los rusos, que marchaban en dirección de Bagdad, en dirección de Erzinjan, y en general en dirección Oeste (según el típico modo que emplean para expresar sus avances) se han encontrado con un muro de turcos y no hay ariete que valga...

Hago un pequeño giro y miro a Rusia... ¡*Has-ta Varsovia*—decía Sofia Casanova en una de sus crónicas que se había despedido de un coronel...—. Si; a Varsovia querían volver los rusos, y hay que convenir en que en los primeros días del mes de junio llevaban trazas de lograrlo, a juzgar por su marcha al Occidente de Luzk y en dirección a Kowel; pero alemanes y austro-húngaros les han salido al paso en la Wolhynia, y lentamente, eso sí, van los moscovitas replegándose sobre Lurk.

Los que sigan la guerra con un detallado plano a la vista no me dejarán por embustero.

Como por todas partes se va a Roma y a Varsovia, al encontrar los rusos una resistencia inesperada en Wolhynia, por el Sur del Dniester, lanzaron su riada de hombres, y cuando después de tomar Kolomea y seguir avanzando de triunfo en triunfo, pensarían ya en que fácilmente llegarían al Vistula, y por el río abajo a Varsovia les ha salido al encuentro el conde de Bothmer para demostrarles que entre la copa y los labios hay más distancia de la que parece. En resumen, que digan lo que quieran los que tienen el jarro lleno de champagne, las enormes masas rusas, por ahora al menos, no veo que cristalicen en hechos sus deseos de volver a Varsovia. Un cuarto de conversión y miro a Italia. ¡Se han parado los austro-húngaros en fuertes posiciones fortificadas de antemano!, dijeron en un parte de Roma. Y pasados están, pues aunque en los radiogramas oficiales italianos se habla a diario de conquistas, no tiene el lector sino recordar que durante un año usaron un len-

guaje análogo, y cuando llegó el momento de descender el telón, nos encontramos todos los que los seguimos lápiz en mano en el mismo lugar que los dejamos a los pocos días de comenzar la campaña... El catalejo tiembla entre mis dedos... La razón es sencilla... La velocidad del sonido es pequeña, y ahora comienzan a llegar a mis oídos los ecos del furioso bombardeo inglés, y si las casas que hay a cuarenta kilómetros del campo de batalla temblaron por el tronar del cañón, ¿qué mucho que mis dedos tiemblen? ¿Se romperá el asa por la que tengo agarrado el jarro y quedará éste hecho añicos?... Ea; lo confieso; miro hacia el frente inglés con su poquito de miedo. Un poquito nada más; pero un poquito... El pueblo francés ha mirado con ansiedad también en esa dirección. Acaso ha llegado el momento de volver a abrazar a los compatriotas que están a retaguardia de la línea enemiga, y que a estas fechas, quieran o no, sabrán ya bastantes palabras de alemán... ¿No es justo que, pues, los franceses han dado su sangre a raudales, y sangre de todas las clases sociales, llegue al fin el instante en que sus vecinos hagan un sacrificio análogo?... Ya están preparados de punta en blanco los ingleses; ya tienen en sus filas aristócratas y plebeyos; ya sus depósitos están abarrotados de municiones y mermeladas; ya con copias de las trincheras enemigas han ensayado la descomunal batalla... ¡A la una, a las dos, y a las... tres!... ¡Santo Cristo de Candas!... El ruido fué grande, pero las nueces han sido pocas, y si algo han avanzado los ingleses ha sido al Norte de Somme, y precisamente en el punto de unión de la línea inglesa con la francesa. Ello será casual, pero hace pensar en esos muchachos que van montados en bicicleta detrás de los automóviles. En Londres han palmoteado de alegría; en París no tanto, que bien saben por tristes experiencias que cerca del Capitolio de los sueños está la roca Tarpeya por donde éstos se despeñan y el pueblo que no entiende de estrategia, ni falta que le hace, pero con su buen sentido sabe que los efectos están en relación con las causas que los producen, al oír el furioso bombardeo durante siete días, al saber que los ingleses disponen de millones de hombres, al pensar que los alemanes, después de dos años de lucha, debían estar agotados, sobre todo si era cierto que no tenían apenas que comer, ¿pudo imaginar ese pueblo que suspira por ver el suelo patrio libre de enemigos que al chocar el flamante y poderoso ejército inglés con su adversario apenas si había éste de retroceder frente a la línea inglesa?... Allá por la Sorbonne, y por aquel simpático barrio Latino donde los estudiantes abundan, no habrá faltado alguno que

haya dicho con Horacio: *Parturiunt montes: nascetur ridiculus mus*.

Convengamos en que la guerra ha llegado a su punto culminante, y que desde que principió jamás ha sido tan inquietante la situación para los imperios centrales como en el momento actual, puesto que se ven atacados por todos sus enemigos provistos abundantemente de material y aleccionados por dos años de pelear sin tregua en la que han aprendido que la pasividad de la defensiva no conduce más que al fracaso, y como yo bien sé que no se cogen zarzamoras sin algún que otro arañazo o algún desgarrón de la ropa y que en la guerra no se pueden cosechar laureles sin tropezar con algún golpe, al destaparse al fin el gallo inglés y comprobar los hechos que no pueden esperarse milagros de las improvisaciones, espero confiadamente que el nublado que hoy se cierne sobre los austro-alemanes pasará, y al fin, si el pintor es el que logra aplausos pintando (si no se trata de Orbaneja) los soldados de los imperios centrales (artistas de la guerra) sabrán tejer la corona de la victoria.

¿Me permiten ustedes que me acerque el jarro a los labios? Amarguilla es la cerveza, pero ni se ha estropeado ni lleva trazas de estropearse... Los que cogen el jarro por el asa contraria tienen la palabra.

Armando Guerra

LO QUE SE VE

SU MAJESTAD

Son las dos de la madrugada. Del ancho portalón del teatro, convento ayer, desahogado popular, luego, en bailes de máscaras y de aristocrático candil, calvario de medianas compañías en toda hora; del iluminado pórtico sale, bullicioso, el trasnochador público.

La plateada luz de eléctricos focos (de aquellas blancas, aéreas bombillas luminosas que comparara genialmente Maupassant a *huevos de luna*), derrama indecisos resplandores que se tejen y destiejan como invisible gasa o rayo de sutil polvillo. En las estrechas puertas se agolpa un público intermedio entre la «españolera trasnochante», la *cocolil* espuma y flor, la andariega nobleza, la ambulante chulería y la tropezante *curda*...

Ojos revestidos de amoratadas ojeras, carrillos conservados en colorete chillón, postizos lunares parados en la barbilla como indiscreta mosquita, arranques de gargantas bien rebozadas en polvos de arroz, rostros de jóvenes aviejadas y de remozadas viejas por obra del pincel, rubios mechones y azuladas matas de pelo, bigotudos labios y plácidas sonrisas de vírgenes sin virginidad...

Sobre trajes lujosos o de mediano ver, brilla la soberbia alhaja y el despreciable dije, el diamante y el talco, zafros y lentejuelas... En arrogantes cabezas, a modo de *Walkyrias* de la fantasía, tienden su vuelo pajarracos y aún palomas torcaces, erguidas en sombreros cual orgullosa cimera que pregonara el noble escudo de la *horizontal* y el de su sombrerera.

Ofenden el olfato bocanadas de pestífero sahumero que denuncia baratura y pretensión..., vahos de heliotropo marchito, de averiado *oponax*, de rancia flor, de ramilletes ofrecidos en banquetes mil.

Por excepción, el presuroso roce de un vestido despidе sutiles perfumes que evocan un instante orientales bosques, apartados camarines del árabe serrallo...

Todo el Madrid *juerguista* que trasnocha y se levanta a la una, aguarda, impaciente, a *Su Majestad la Diva*.

Lentamente, sonriendo, hermosa, insinuante, muy negros los ojos, muy rosados los carrillos, muy pérfida la mirada, la diva cortesana se abre paso por entre las filas de aquel cuerpo de alabarderos, reclutado entre la milicia del *jaleo* y del ruido y que se prosterna ante *Camelia*

EL CICLISMO



D. Enrique Colom, ganador del primer premio provincial, de Gerona.

(Foto Mur.)

Primera... Su Majestad acepta el homenaje: su guardia de honor se compone de duques y de grandes de España, de mauristas hipócritas y de viciosuelos gomosos, graves moralistas y empingorotados representantes del principio de autoridad, de cuantos se escandalizan del progreso y de las malas costumbres...

La ardiente e insinuada mirada de la diva se estrella en el cristal de un impenetrable monóculo... El resplandor de los faros de un coche, que se detiene ante el pórtico del teatro, teje alfombras de luz cor, la blancura de los focos... Diríase un fantástico camino, trazado galantemente para el breve pie de S. M.... Sonríe de nuevo, se inclina ante su corte; su ligero abrigo parece nube de encajes que salpican lentejuelas y temblorosos diamantes; semeja *lohengrinesca* vestidura tejida por hadas...

Cual viva llama rodea, ilumina aquel esbelto cuerpo, lánguido, decadente, el acuoso, rojizo fulgor de preciosas piedras.

Y desaparece por el pórtico S. M., sonriente, perfumada, fulgurante, mientras el público, embobado, admira la divina aparición.

¿Quién la recuerda? ¿Cómo ha subido!

—¿Cuando iba a Forno!—susurra un indiscreto.

—¿Quien la vió y quien la vé!—murmura un señor mayor.—¿Cuando pedíamos un café, cuando se contentaba con un duro!

No lo dice el público al expresar su admiración por la fastuosa diva; pero quiero leer lo que en el fondo de su alma siente.

Y pienso entonces, recuerdo, admiro, a tanta infeliz mujer, monja profesa en los libros conventos de la miseria, sin pan ni refectorio; en las tristes guardillas, en braseros sin calor, en aquella lámpara mortecina a cuyo resplandor cose una mujer hermosa, en montones de papeletas de empeño, en la máquina de monótono son que cose y recose, desteje y teje miles de existencias; pienso en la diaria tentación por la dignidad sofocada, en el hambre impía, en el espejo delator de hermosuras, de ocultos tesoros, que invita al bienestar y al vicio... Admiro la virtud de esas hermosas pobres como un heroísmo. El público las juzga como tontería sublime... Las majestades de guardilla molestan, ofenden las realzas de virtud...

Y todas las miradas siguen atónitas la estela fulgurante, recamada, del vestido de Su Majestad...

—«¡Virtud, dónde te refugiaste!»—dice el *Don Juan* de Molière al mendigo cuando éste le devuelve la moneda que equivocadamente le diera. «¡Infeliz virtud, dónde te refugias!»...

Hacéos ¡oh pobres, desdichadas mujeres hermosas, cuando menos aristócratas para que abusesis vuestros pecados capellanes y obispos! ¡A combatir, bellas y desdichadas mujeres! ¡A luchar, oscuras heroínas de la virtud, que os morís de hambre mientras de vosotras se ríe Su Majestad la diva!

¡A vivir, a gozar!

¡A...!!

Lo diría en el bello latín de Ovidio, en el sarcástico de Petronio si supiera latín y fuese cura...

Rodrigo Soriano

BRASSIERE

Palace-Hotel

Music-Hall-Varietés-Cinema

Guill-Room-Almuerzo, 4 pesetas.

Platos del día, 1,25

GRAN TERRAZA

CONCIERTOS CLASICOS

MUERTO ILUSTRE



D. Harald J. Dahlander, cónsul de Suecia en España e ilustre y respetable personalidad, padre político del ministro de Estado, señor Gimeno, fallecido recientemente en Valencia.

LA REGLAMENTACION DEL JUEGO

FARISEISMOS Y SOFISMAS

El fariseísmo parlamentario es estupendo. De cuando en cuando, por maniobras políticas, por conveniencias personales, por lo que sea, se interpela en las Cortes al Gobierno sobre la ilicitud del juego en Madrid, en Barcelona, donde fuere.

El Gobierno, sea el que fuere, niega «oficialmente» que se juegue a los «prohibidos» en ninguna parte. Pero fuera del Parlamento y aun dentro de él, todo el mundo sabe de sobra que se juega. Unos más, otros menos, todos los Gobiernos de España han autorizado el juego; pero jamás se ha confesado desde el banco azul que, efectivamente, se juega, porque en el banco azul—según la frase de Posada Herrera—hay que ser antes mártir que confesor.

Este fariseísmo, de tantos años, comienza a quebrar. El otro día declaró en el Congreso el Sr. Sánchez Guerra (desde el escaño rojo, se entiende, porque en el banco azul hay que acordarse de Posada Herrera) que siendo él ministro de la Gobernación habían autorizado el juego en San Sebastián por motivos de beneficencia; pero que habiendo sido requerido para autorizarlo en otras ciudades, se negó, porque—según frase de los extractos—«no quería ser agente de Sociedades de cierta índole».

Hará unos meses, siendo ministro de la Gobernación el Sr. Alba, hizo público, con aplauso unánime de la opinión y de la Prensa, una especie de «concerto económico» con los principales Casinos, Círculos y Sociedades de Recreo, según el cual concierto las Sociedades contribuirían mensualmente con determinada cantidad para organizar los Comedores de Caridad en Madrid, a cambio de la tolerancia oficial precisa.

Es más; en el Senado duerme una proposición de ley del Sr. Rengifo, y en el Congreso un proyecto de ley del entonces ministro de la Gobernación, conde de Sagasta, ambos para reglamentar el juego. ¿Por qué, pues, no se reglamenta?

Moralmente, el Estado español carece de autoridad para prohibir el juego, puesto que lo decreta de Real orden en cada sorteo de la Lotería. Socialmente, el Estado admite el juego en Círculos y Casinos, puesto que así se ha declarado por el Sr. Sánchez Guerra refiriéndose a San Sebastián y por el Sr. Alba cuando concertó, con aplauso unánime, con el Casino, Peña, Círculo de Bellas Artes, Centro del Ejército, Sociedad de Actores, Centro de Hijos de Madrid y

otros, según aquellos días se publicó, sin protesta alguna, en toda la Prensa.

Legalmente, el Estado tiene derecho a reformar los artículos prohibitivos del Código Penal de 1871 por una ley votada en las Cortes de 1916. Y económicamente, el Estado tiene, no ya el derecho, sino el deber, de aumentar sus ingresos, sobre todo si, como los del juego, estos ingresos no gravitan sobre el ciudadano trabajador, sino sobre el vicioso y holgazán.

Esta virtualidad de refrenar, por un impuesto, el vicio y la holgazanería, reúne en sí todas las condiciones morales, sociales, económicas y jurídicas para reglamentar el juego.

De que el juego es un vicio, no cabe la menor duda; de que no crea riqueza, sino que la consume, tampoco dudará nadie; de que, imponiéndole una fuerte tributación, se cumple, al mismo tiempo que un deber social, un deber moral y económico, es lógico pensar que nadie recele.

Las objeciones de que, legalizado el juego, se legalizaría un vicio, son completamente sofisticadas. Un vicio es la prostitución, y está perfectamente legalizado. Un vicio es el alcohol, y está legalizado también. Un vicio es el tabaco, y también legalizado está. ¿Por qué regla de tres, el Estado que reglamenta el tabaco, el alcohol y la prostitución, pongamos por vicios, no ha de reglamentar también el vicio del juego?

Análoga argumentación nos sirve para destruir la apariencia inmoral de sus ingresos. El Tesoro se beneficia notablemente con los ingresos del tabaco, de la prostitución y del alcohol, y a nadie le parece mal, o, si le parece mal, se lo calla. Pero se habla de los ingresos del juego, y sale el casuismo poniendo cátedra de moral.

Refiere Elio Sparciano, en su *Vida de Antonino* que, habiendo establecido el emperador ciertos tributos sobre el juego, y siéndoles reprochados por el austero Adriano, Antonino mostró irónicamente al reprochador unas monedas del tributo, preguntándole que si oían:

—«Non olet»—replicó Adriano ingenuamente.—Sabido es que el «Non olet» ha servido de título a una de las mejores comedias de Bernard Shaw.

El juego existe en todas las naciones, así civilizadas como por civilizar. En unas se ha reglamentado y en otras no; pero en todas se considera como envilecedor e innoble, desde las «tabas», en Aristófanes, a los «caballitos», en Maeterlinck. Y desde «Las avispas» a «La ciudad del azar», treinta siglos nos hablan elocuentemente de que nadie le preguntó al dinero su origen, ni el apóstol, ni el publicano, ni el que pide en nombre de Dios, ni el que recauda en nombre del César.

Cuando Clemenceau, por la ley que lleva su nombre, reglamentó el juego en ciertas poblaciones de Francia, replicó a los persistentes ataques del fariseísmo parlamentario. «Reglamentar un mal, es siempre un bien.» «No había de ser un bien reglamentar el juego en España, parcialmente, en determinadas poblaciones—como lo hizo Clemenceau en Biarritz, en Aix-les-Bains, en Vichy, etc.—o totalmente, en toda la nación, como acaso, por acabar con los privilegios, fuera más justo y conveniente?»

La reglamentación parcial persigue una mayor facilidad en la recaudación, puesto que el privilegio legal se otorgaría, como ya está otorgado a San Sebastián, por concierto directo con los Municipios, como en la ley francesa. La reglamentación nacional exigiría un cuerpo de recaudación e inspección en toda España, puesto que hay nada menos que 5.000 casinos y círculos de recreo, todos los cuales se acogerían a los beneficios de la ley.

En cualquiera de los dos casos, calculan los peritos que el Estado podría ingresar por el juego sobre cien millones de pesetas. Y en las presentes circunstancias, cuando el Tesoro está agobiado, cuando el Gobierno se halla entre la espada de la miseria nacional y la pared de un déficit de 800 millones, renunciar a esos cien millones de pesetas es, más que una torpeza, un delito de lesa economía patria.

Sean cuales fueren los procedimientos, siendo, como serían, justos y legales, deben emplearse con urgencia. La reglamentación del juego es algo tan moral, tan justo y tan necesario, en lo social, como en lo económico, que difícilmente podríamos encontrar nada que se iguale.

Cristóbal de Castro

LA NUEVA FASE DEL PROBLEMA CATALAN

II

Si algo se dibuja con claridad en el catalanismo, como en todo movimiento nacionalista, es su filiación realista e histórica, contrapuesta como una protesta vigorosa al idealismo doctrinario, que pretende, en su afán de regularidad, convertir los cuerpos vivos en figuras geométricas. No a otro pensamiento generador respondía Prat de la Riba, cuando en uno de sus mejores discursos—al hacer en Manresa el elogio de la figura del conde de Pallars—aludía a la necesidad de «hacer saltar en pedazos la capa de artificialismo con que se ha querido ahogar la vida real y verdadera de los pueblos».

Adeptos decididos de la escuela histórica, los hombres del regionalismo catalán se inspiran, por regla general, en sus tendencias, y, claro es, comparten también sus exageraciones. No es la menor de ellas el concepto de la nacionalidad unas veces elevado con la sola finalidad de rescatarlo del dominio de la voluntad humana a la categoría de hecho providencial y otras reducido a la mera calidad de proceso biológico.

«La nacionalidad—decía el Sr. Cambó en su discurso del Congreso—es creación de Dios, que sustenta la naturaleza, que confirma la Historia, y la mano y la fuerza del hombre, son absolutamente impotentes para destruirla.» Ni la frase, ni la concepción intelectual de que es reflejo revisten novedad. No dicen cosa diversa hoy mismo los polacos y los irlandeses; no era diferente la bandera que enarbolaban en 1865 los italianos frente a los austriacos, y en 1830 los belgas frente a los holandeses. Es la eterna preocupación de los pueblos que son o que se sospechan oprimidos; poner en la lucha, con el dominador extraño, a la Providencia de su parte y no contentarse con menos que con sentirse señalados por lo que llamaba Mancini *el dedo de Dios*, para constituir una entidad política nueva...

La teoría de las nacionalidades, que nació y quiere vivir abrazada a la Historia, ha tenido siempre un enemigo formidable, que es la Historia misma. Si las nacionalidades fueran, en efecto, una realidad inmutable; si constituyera empresa vana, empeñarse en modificarlas o en destruirlas; si, a despecho de la voluntad humana, subsistieran con la indefinida permanencia y con la perenne estabilidad de las obras providenciales, apenas habría una sola nacionalidad de las hoy existentes que en una imparcial revisión no pudiera ser tachada de falta de legitimidad en su origen o de carecer del sólido asiento de la homogeneidad en sus elementos componentes. Las naciones modernas, de existencia menos disputada, de más hondas raíces, de más rancia historia, son el resultado de una obra lenta de absorción y de refundición en derredor de un grupo central, más inteligente o más afortunado, de elementos étnicos diversos, de pueblos totalmente extraños entre sí, a quienes unió, haciéndoles solidarios un destino común o una convivencia prolongada. Con sólo que bretones y normandos, provenzales y borgoñones, germanos y celtas, se hubieran creído a sí propios representantes de una estirpe aparte y hubieran velado celosos por la conservación de la pureza de su origen y de la independencia de su organización nacional, ni Inglaterra ni Francia existirían. No hay Estado moderno, por homogéneo y centralizado que aparezca, que no haya sido polinacional en sus orígenes y que no sea, por tanto, el resultado de una labor secular de integración realizada por pueblos que a menudo engendran un organismo superior, una super-nación, a costa del sacrificio de su propia vida.

Al unirse a otras, las nacionalidades, unas veces, es verdad, resisten hurañas y altaneras; pero otras veces, se allanan a la fusión, blandas y flexibles. Que una u otra cosa suceda, depende, no exclusivamente del proceso biológico, sino de la mayor o menor eficacia que tenga como motor de las almas el ideal colectivo que engendró la necesidad de la fusión y de la mayor o menor prudencia que se ponga en no comprometer el lento pero, seguro paso, de lo heterogéneo a lo homogéneo con abusos de fuerza, que unas veces constituyen retrocesos evidentes y otras anticipaciones temerarias.

Nada hay, desde cierto punto de vista, tan mudable, tan relativo, tan contingente como el

concepto de nacionalidad. Individualmente considerada, es un derecho, más que un deber del súbdito, que entra en el grupo social y sale de él a la medida que dicta su libérrimo arbitrio; colectivamente, es el fruto, por encima de la geografía y de la raza, de la voluntad común, que engendra en los hombres el deseo de permanecer juntos, de perseguir unidos un ideal, de correr en la vida idéntica suerte.

Unas veces parece la nacionalidad unión indestructible; otras, asociación accidental y pasajera. En ocasiones, el miembro amputado pide la reintegración al cuerpo social de que salió, como la cosa perdida clama por su dueño; otras, en un momento, rompe sin dolor y para siempre, las ligaduras del común origen.

Apesar de la fraternidad eslava—Novicow registra con dolor el hecho—, el hombre culto theco siente el desprecio más profundo por el hombre culto ruso; los griegos modernos se embriagan espiritualmente con el recuerdo de la Hélade y repudian toda solidaridad histórica con Bizancio; los franceses se consideran hermanos de los alsacianos, que desde 1870, viven sometidos a la dominación alemana, y no creen tener ya nada de común con los pueblos de su mismo origen que resisten la anglicización en el Canadá; Italia llama territorio irredento al Tirol austriaco, y reputa irremisiblemente perdidas las provincias de Niza y Saboya... ¿Se puede pensar, ante tales ejemplos, que la nacionalidad constituya siempre un hecho permanente e indestructible y que escape irrevocablemente al dominio de la voluntad humana?

UN NUEVO LIBRO



La ilustre escritora Carmen de Burgos (Colombine), que hoy pone a la venta un libro, «Confidencias de artistas» (conversaciones con artistas españolas y extranjeras), digno de su talento y de su fama.

Las nacionalidades históricas han tenido que ser fatalmente materia de acomodamientos y transacciones, porque en la Historia juegan dos factores: de un lado, el respeto de la substancia viva que encarna en el grupo social; de otro, el cumplimiento de lo que llaman los sociólogos contemporáneos *la ley de la aglomeración creciente*.

Mediante ella, los núcleos más débiles, sin perjuicio, antes bien con ventaja de su libertad interna, necesaria y naturalmente se enlazan y coordinan dentro de organizaciones sociales más fuertes y el mundo camina de un modo seguro y constante, unas veces idílicamente y otras en medio de cruentas luchas, a la constitución de organismos cada vez más poderosos, capaces de realizar íntegramente y con plenitud de medios el total fin humano.

Pero ¿cácase el cumplimiento de esa ley impone una ciega e irreflexiva labor de uniformidad? De ninguna manera. El instrumento que mejor sirve, cuando está diestramente manejado, las aspiraciones a la universalidad, es el particularismo. Siempre que surge en la Historia una aspiración seria hacia el Imperio universal, a su lado aparece un sistema de acomodados, de flexibilidades, de blanduras que en apariencia desconectado del primero lo hace sin embargo, triunfa o facilita su advenimiento. No se concibe la latinización del mundo antiguo sin el régimen municipal romano. La germanización universal, que es la característica de la época medieval, se apoya en el feudalismo, como en un sólido cimiento. El colosal Imperio inglés dejaría de existir si no fuera un sistema complicado y empírico de autonomías coloniales.

Se equivocaba Burgess cuando en una obra que se ha hecho clásica, su famosa «Ciencia política y Derecho constitucional comparados», afirmaba que en un Estado compuesto de varias nacionalidades, se procederá juiciosamente haciendo desenvolverse la homogeneidad étnica, y añadía: «No puede discutirse la moralidad de una política que pugna por imponer una lengua común e instituciones y leyes homogéneas. Hay circunstancias en que para el logro de estos fines, no sólo es justificable, sino recomendable y moralmente obligatorio, el uso de la fuerza.»

Nada más inexacto. Cultivar la heterogeneidad para hacer descansar el orden en el equilibrio de las antipatías recíprocas, equivaldría a contrariar la obra espontáneamente unificadora del progreso social; proponerse como ideal el artificio de una homogeneidad aparente, impuesta, sin asiento sólido en las almas, sería consagrar una de las fórmulas menos soportables del despotismo y rendir, además, a la hipocresía disfrazada de verdad, homenajes que sólo son merecidos cuando se rinden a la verdad misma.

Austria, el Estado poli-nacional por excelencia, ha presenciado el infortunado ensayo de uno y otro sistema. José II, inspirado en el jacobinismo doctrinario que tan en boga estuvo a fines del siglo XVIII, empleó en destruir los órganos de vida local, la misma saña que en suprimir conventos, y al cabo fracasó en su obra de convertir el Imperio austriaco en una sola nacionalidad netamente germánica. La labor emprendida dió por único resultado sublevaciones y luchas interminables y el recrudecimiento de antiguos odios, y la Historia sólo un juicio tiene para la ligereza de aquel Rey que, educado en las enseñanzas de los enciclopedistas, justificaba con sus actos la exactitud de la frase que hubo de aplicarle Federico II: «Tiene tanto deseo de aprender, que le falta tiempo para estudiar.»

Después de José II, hizo su aparición un nuevo sistema de vida, no menos absurdo que el anterior: el que retrataba Francisco II en estas expresivas frases dirigidas al embajador francés en Viena: «Mis pueblos son extraños los unos a los otros. Yo llevo los húngaros a Italia y los italianos a Hungría; cada uno guarda a su vecino; no se comprenden y se detestan. De su odio recíproco nace la paz general.»

Ni con el de José II, ni con el de Francisco II guarda parecido el Imperio austro-húngaro de hoy. Su unidad moral no resulta de la homogeneidad artificialmente producida, ni de la discordia maquiniavélicamente cultivada para que, según la frase de Saavedra Fajardo, no se mezclen ni las fuerzas ni los vicios; sino que es el resultado de la existencia de un ideal único impuesto a la totalidad del Imperio por su situación geográfica: servir a un tiempo de pacífico vehículo para que se infiltre en Europa la es-

pontánea y robusta vida oriental, y defender a la vez, contra prematuras invasiones del eslavismo, la cultura germánica.

En la Historia de España el problema se ha planteado a veces en forma que no era substancialmente muy diversa. Puede juzgarse de las direcciones opuestas que tomó en este negocio fundamental el pensamiento español recordando las opiniones que exponían casi en la misma época el Conde-Duque de Olivares y Felipe IV.

El Conde-Duque, en Memoria dirigida al Rey, le aconsejaba que «no se contentase con ser Rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, conde de Barcelona, sino que trabajase y pensase con consejo maduro y secreto por reducir estos reinos de que se compone España al estilo y leyes de Castilla.» «Si V. M. lo alcanza—añadía—será el Príncipe más poderoso del mundo.»

Felipe IV, en el Prólogo que puso a la Historia de Italia de Guicciardini, condesaba en cambio su criterio y su deseo de perseguir la unidad moral por otras vías, en estas significativas frases: «Tuve también por precisa obligación mía para satisfacción y consuelo de todos mis vasallos. aprender las lenguas de las provincias de donde ellos son, pues nunca pudiera acabar conmigo el obligarles a aprender otra para dárseme a entender, queriendo me hablasen en sus negocios, y quise tomar el trabajo de aprenderlas porque ellos no lo tuviesen en estudiar la mía... Y así aprendí y supe todas las lenguas de España, la mía, la aragonesa, la catalana y la portuguesa...»

El problema, en el fondo, es siempre el mismo. Trátese de nacionalidades o de regiones, la obra de unificación sólo puede realizarse en un sentido: el de la transacción de las diferencias recíprocas con sacrificios mutuos en aras de un ideal común.

Así, cuando se trae a colación el concepto de nacionalidad, en la creencia de que, invocándolo, se muda la faz del debate, y de que se pronuncia una palabra solemne y decisiva, no se hace, en realidad, otra cosa que aportar a la discusión una vaguedad peligrosa que, sin variar la esencia de la cuestión, la envenena, y lejos de acallar recelos, los suscita, porque la palabra «nacionalidad» sólo se profiere con el no disimulado propósito de pronunciar a continuación el vocablo «soberanía» como un derivado inevitable. Y esa creencia envuelve otro error cuyo examen detenido exige capitulo aparte.

Antonio Goicoechea

LECTURAS COMENTADAS

Dice un periódico de Melilla:

«Por otra parte, los paseos militares que se han realizado estos días, han servido para que las tropas conozcan perfectamente el terreno.»

Mírese en este espejo el señor conde de Romanones.

Mientras el Gobierno no vaya a paseo no conocerá el terreno que pisa.

* *

Leemos en un diario de Jerez:

«De algún tiempo a esta parte se nota en Jerez la desaparición de perros, suponiéndose que los llevan a Gibraltar para pasar tabaco de contrabando.»

El supuesto es fundado. Y el contrabando ha debido hacerse en gran escala.

Porque no hay fumador que no tome tabaco de ese. Tabaco de perros.

* *

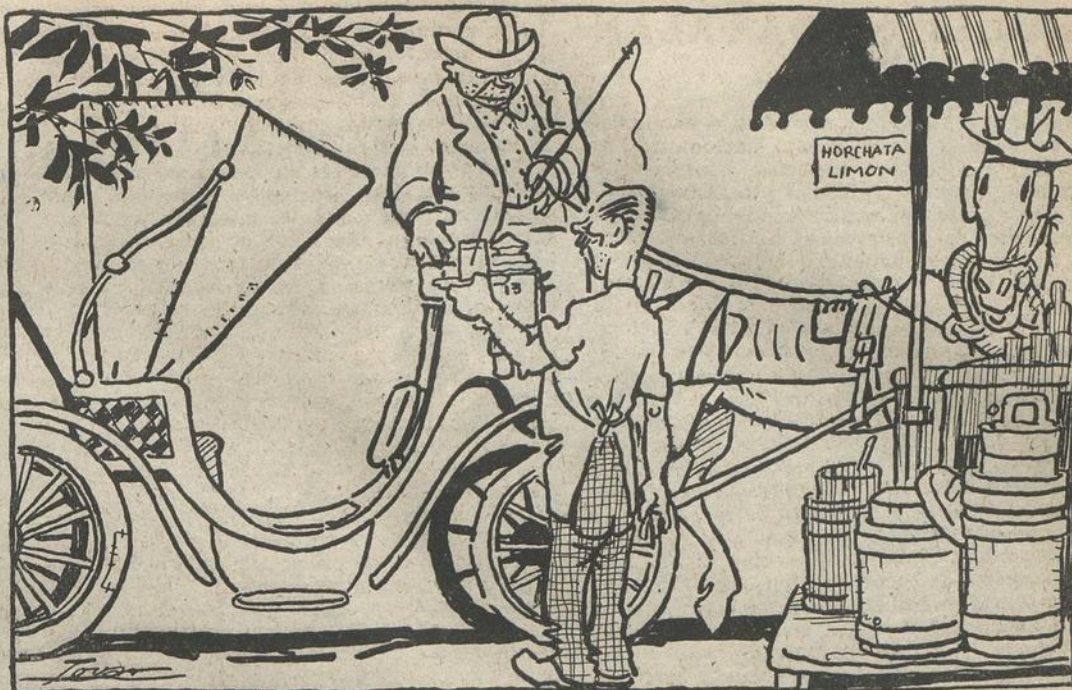
El Liberal de Sevilla:

«Ha llegado a Sevilla el subsecretario de Gracia y Justicia, señor conde de Santa Engracia.»

¿A Sevilla ha llegado? ¿Qué carrera! ¡Ese subsecretario es una fiera!!

ALFON FOTOGRAFO
TELÉFONO 2569
FUENCARRAL MADRID

REFRESCANDO



—La cebada para mí; la paja se la das al caballo.

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ LOS POETAS

¡MUY BONITO!...

Se matan y se matan... Se diría que esto no tiene ya ninguna clase de importancia. En el fondo, hacen hoy en un día lo que antes en un siglo. Es otra fase del planeta, y no más.

Y no más... Pero siempre al fin del discurso está el acero.

En verdad, poca cosa avanzamos, o nada. Mató Caín a Abel, como sabemos. Y desde entonces, hemos perfeccionado en grande... la quijada.

M. Machado

A LOS ANUNCIANTES

Con este título suele decir ABC, y puede repetir LA SEMANA:

«Con la tirada de los periódicos ocurre lo contrario que con la edad de las señoras. Cuando una empresa dice que tira tantos o cuantos miles, piensa la gente: «Ya serán muchos mellares, piensa la gente: «Ya serán muchos mellares.» Y he aquí por qué no queremos nosotros decir nada de nuestras tiradas, pues, o no seríamos creídos al decir la verdad, o tendríamos que faltar a ésta, cosa que tampoco queremos.

Pero como a los anunciantes les interesa saber a qué atenerse sobre la circulación de los periódicos en que se propongan anunciar, vamos a darles una sencilla receta para que por sí mismos puedan hacerse cargo de cuál es el periódico que, por más leído, ofrece mayor ventaja al anunciante.

Cuando en el tranvía suba, cuando por la calle pase, fíjese y observe qué periódico es el que se vé en más manos; tómese la molestia de preguntar en los quioscos y puestos de venta, a los vendedores ambulantes, cuál es el que más se vende, cuál es el que más pide el público.

Y cuando unos cuantos días haya hecho ésto, ningún anunciante necesitará preguntar a nadie dónde le conviene anunciar con preferencia.»



D. Lorenzo M. Fresneda, lib., por Gaucín

(Foto Ortiz.)

LA ACCIÓN ESPAÑOLA EN MARRUECÓS



Las tropas españolas en las inmediaciones del aduar de Blut, punto culminante del avance recientemente realizado, con sensibles pérdidas de nuestros jefes, oficiales y soldados.



Las tropas del Raisulí, adictas a España, realizando el transporte de un herido a una inmediata ambulancia de Sanidad.



El comandante del Tabor de Caballería de Ceuta, D. Enrique de la Vega, muerto valientemente por el enemigo.



Moros pertenecientes a la Policía indígena, recogiendo y trasladando de la línea de fuego los cadáveres causados entre sus compañeros. (Fotos Lázaro.)

ARTISTA



"La Nilus", que en Roma y Nápoles ha obtenido grandes triunfos con sus bailes clásicos, y que actualmente se encuentra en España.

FIESTAS EN LEÓN



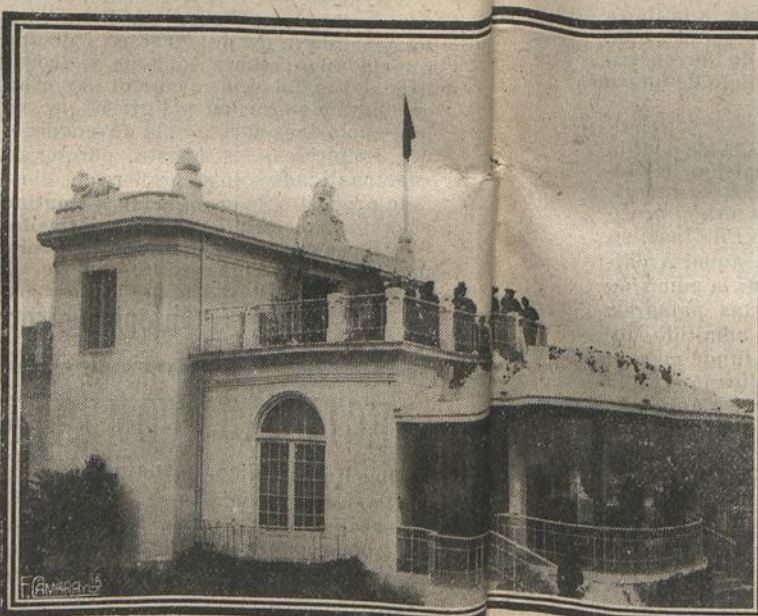
Las pertenecientes a distinguidas familias de León, que en las fiestas celebradas recientemente en aquella capital, recaudaron fondos con destino a la Asociación de Caridad. (Foto Winoceto.)

BANQUETE A RODRIGO SORIANO



Rodrigo Soriano, en el banquete con que le obsequiaron el domingo varios amigos políticos y particulares en el Palace-Hotel, pronunciando el discurso que más tarde ha sido muy comentado en los Centros políticos. (Foto Ortiz.)

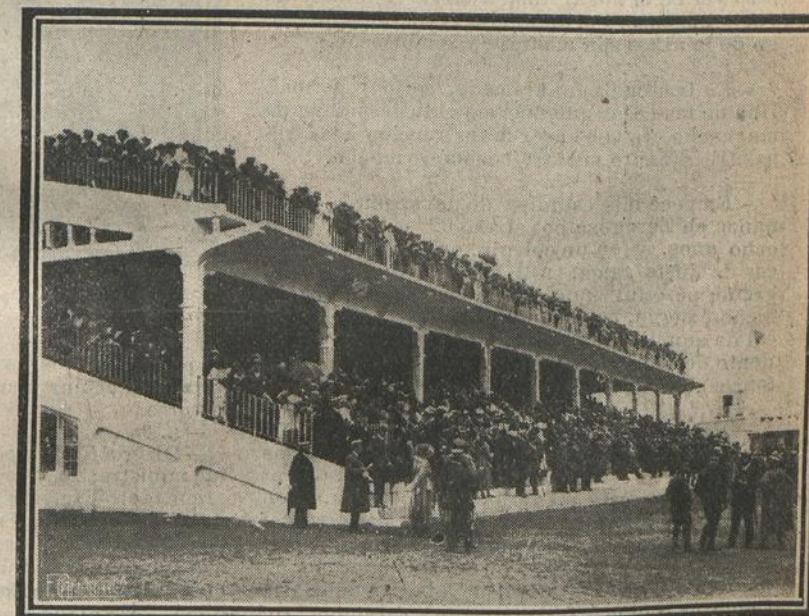
LAS CARRERAS DE CABALLOS CELEBRADAS EN SAN SEBASTIÁN



La tribuna regia, ocupada por las personas de la familia real el domingo, día de la inauguración de las carreras.



El Rey con el duque de Tarancón y D. Justo San Miguel, comentando las incidencias de la carrera.



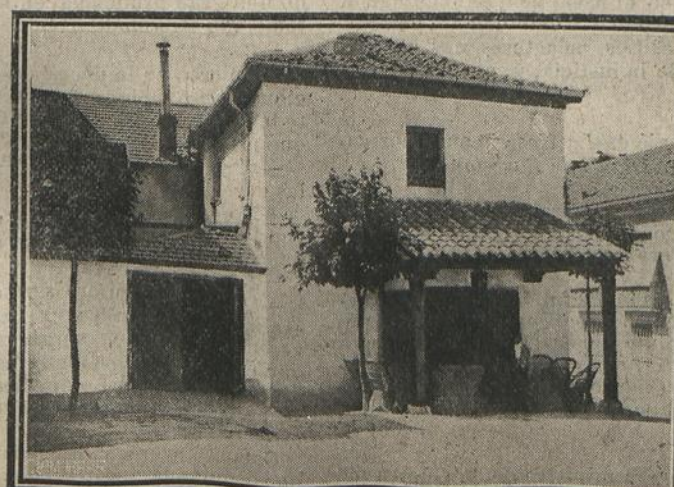
La tribuna pública el día de la inauguración, en que toda la tarde llovió incesantemente, desluciendo la fiesta. (Fotos Marín.)

HOMENAJE A UN PINTOR



Banquete con que fué obsequiado el pasado lunes el ilustre pintor Sr. Anglada Camarasa, por sus admiradores madrileños. (Foto Ortiz.)

UN CLUB ARISTOCRATICO EN LA GRANJA



Vista exterior del "Blas-Club", Círculo de recreo aristocrático, recientemente inaugurado en La Granja.



Uno de los salones del "Blas-Club", que preside el marqués de Monteagudo. (Fotos Marín.)

CONTEMPORÁNEOS CÉLEBRES

D. JAVIER UGARTE

He aquí un luchador infatigable, cuya vida laboriosa y fecunda puede servir de norma a cuantos aspiren a dignificarse por el propio esfuerzo. Jurisconsulto y poeta, como Gil Polo, el Sr. Ugarte ha sabido hermanar la inflexibilidad severa de la toga con las gráciles volubilidades de la poesía. El ilustre ex ministro es una inteligencia y una voluntad, a las que él supo añadir su gran constancia para el estudio y su actividad sin límites para el trabajo.

Don Javier Ugarte aparece a primera vista tal como es; ni muy expansivo, ni tampoco huraño; en esto se coloca en aquel término medio de que habló el Samosata.

Cuando exponemos al Sr. Ugarte el objeto de nuestra visita, el ex ministro conservador se pone a nuestra disposición incondicionalmente. Un buen rato duró nuestra conversación con él, durante la cual le oímos cosas interesantes que brindamos al lector.

—¿...?

—Casi no debía decirle la edad que tengo. Cuando se pasa de los sesenta años todas las edades son lo mismo. Ya nadie suele decir: «aquel señor de sesenta ó setenta años», sino «aquel viejo». Pero diré la fecha verdad, ya que en algunas ocasiones he visto que se me atribuye más o menos edad de la que tengo. Nací en Barcelona en 1854. A los siete años quedé huérfano de madre, desgracia que me hizo ver en el hogar una tristeza infinita y un vacío inmenso. Por tanto, los recuerdos que tengo de la niñez son amargos y sombríos.

—¿...?

—En la escuela fui aplicado, serio y formal. Una de las cosas que más me entusiasmaban de muchacho era ver hacer la instrucción a las tropas. El Ejército me atrajo siempre mucho.

—¿...?

—Empecé mis estudios de la segunda enseñanza en Zaragoza por el año 62, esto es, a los ocho años, y en un colegio, que gozaba entonces de justa fama. Allí cursé varios años del grado; pero tuve que suspender los estudios en dicho colegio, porque mi padre, a la sazón fiscal de aquella Audiencia, fué ascendido a presidente de la de Cáceres (regente se llamaba entonces), donde terminé el bachillerato.

—¿...?

—¿Mis aficiones? Verá usted un caso raro: Yo era el número uno en las clases de Ciencias Exactas. Por este motivo había razón para creer que iba a ser esta mi verdadera vocación, y, en consecuencia, quise ser ingeniero, para lo cual empecé a prepararme en Madrid; pero no seguí porque aquel mismo año (el 68) trasladaron a mi padre a Canarias y no quiso dejarme aquí. En Canarias renuncié forzosamente a ser ingeniero, y empecé a estudiar Derecho. De ese modo terminó mi primera vocación y no volví a acordarme más de las Ciencias Exactas.

—¿...?

—Algún tiempo después jubilóse mi padre y nos vinimos a Madrid. Aquí terminé la carrera. Entre mis condiscípulos figuraban muchos que han ocupado altos puestos. Iban conmigo a la Universidad Maura, Santa María de Paredes, Calbetón, Rodríguez, Villanueva... Algunos de éstos empezaron antes que yo sus estudios. Recuerdo que Villanueva llevaba aún la clásica chistera de los antiguos estudiantes de leyes. Yo hice la carrera en tres años. A los diez y nueve fui abogado.

—¿...?

—La literatura ha sido siempre mi predilección. He escrito mucho. Recuerdo que en cierta ocasión iba a publicar un determinado personaje, ya fallecido, un libro, y me encargó le escribiera yo varios capítulos. En uno de éstos describí Burgos, la Catedral, las Huelgas, etcétera. Salí a luz la obra, y resultó que el que la firmaba no había estado ni una sola vez en la célebre capital castellana. Los amigos del autor le felicitaban diciéndole: «¡Hay que ver cómo describe usted las maravillas de Burgos! Se siente uno transportado allá...». ¡Figúrese usted los apuros del hombre para no descubrir su secreto!

—¿...?

—En un periódico, órgano de la Bolsa, llama-

do *Los Fondos Públicos*, me ocupé de cuestiones de Hacienda en una sección que titulaba *Galería de valores públicos*. Aquellos artículos se leían mucho, y en ellos se apuntaban los orígenes de cada uno de nuestros signos de crédito. De aquella labor no conservo nada. Esto era en el año setenta y tantos. Por entonces fundamos, entre Andrés Rui-Gómez, un escritor muy inteligente que murió joven, Francisco Rivas Moreno y yo, un periódico, *El Comercio Español*, amparados por el Circulo Mercantil. Miguel Moya se quedó después con aquel periódico que vivió algunos años más.

—¿...?

—A raíz de la Restauración entré de redactor de *El Tiempo*, el periódico de Toreno. Allí escribía los artículos de fondo casi a diario, alternando con D. Eduardo Mier. Yo tenía facilidad



D. Javier Ugarte.

de pluma, no lo digo como elogio, sino más bien para señalar una facultad innata en algunos escritores.

—¿...?

—Dirigía *El Tiempo*, Pepe Cárdenas, que luego fué ministro; un hombre muy culto y muy emprendedor. También escribía allí Marcial Morano, padre del actor Francisco Morano. En cierta ocasión, siendo Toreno ministro, me quedé de director interino del periódico. Eduardo Mier me envió un artículo. Lo di a las cajas y se publicó. Pero al día siguiente recibí un aviso del conde de Toreno que deseaba verme. Acudí a su casa, y apenas me vió, me dijo: «Usted no leyó anoche el artículo de fondo ¡Eso es un desatino! Yo le contesté que, efectivamente, no le había leído hasta después de publicado. En aquel artículo se mezclaba un acto del rey Alfonso XII. El conde de Toreno me dijo indignado: «He dado orden al fiscal de que denuncie el periódico». ¿Quién ha visto denunciar el periódico de un ministro? Los redactores nos sometimos a la acción de la justicia, y, por fin, fuimos absueltos.

—¿...?

—Después trabajé en *La Epoca* como corresponsal político del *Diario de Barcelona*.

—¿...?

—Fui diputado por primera vez a los treinta y tantos años, un poco tarde. Toreno quiso antes darme un acta. Pero murió y me quedé sin ella.

—¿...?

—En Valencia, adonde fui de auditor de Guerra, empecé a identificarme con Azcárraga, que estaba allí de capitán general. Yo le conocía ya de antes. Pero allí fué donde se estrechó más nuestra amistad. Cuanto diga acerca de la gratitud que le debo por los favores que me hizo, será poco.

—¿...?

—Al ser Azcárraga ministro de la Guerra me trajo consigo a sus órdenes, y en 1900 fui ministro de la Gobernación, cuando la boda de la Princesa de Asturias.

—¿...?

—Como llevábamos varios días de perturbaciones y alborotos callejeros que organizaba cierto personaje di órdenes terminantes para que me lo trajesen detenido. Pero la policía no se atrevió a detenerle por temor de que volviese a ocupar un alto cargo y desde él les perjudicara. Sabía yo que se pagaban aquellos alborotos y hasta sabía dónde se cobraban los jornales. Recuerdo que como los alborotos no cesaban me fui a hablar con Azcárraga, al que hice ver la necesidad de sofocar aquella rebelión. Don Marcelo me dijo que estaba dispuesto a darme todas las facilidades. Solamente me advirtió que procurásemos «no manchar con sangre el traje blanco de la Princesa de Asturias».

—¿...?

—Más tarde fui ministro de Gracia y Justicia. En aquel departamento preparé reformas que sólo en parte llevé a las Cortes. Dejé consignadas en un libro las que no pude presentar, que eran varias: bases de Reorganización de los Tribunales, Enjuiciamiento civil y criminal y reforma del Código Penal, etc.

—¿...?

—Al cesar Azcárraga, Villaverde me dijo que siguiese con él de ministro. Yo me negué, pero Azcárraga me exigió que continuase, y así lo hice.

—¿...?

—Mi gestión como ministro de Fomento es bien reciente y usted la conoce de sobra. Trabajé mucho y no puedo ocultar que creo haber cumplido mis deberes en momentos harto críticos para el país, al que doté de numerosas obras públicas, carreteras, ferrocarriles, riegos del Alto Aragón y otras muchas. Mi proyecto sobre epizootias llegó a ser ley, resolviendo un problema hacia largo tiempo planteado. En los comienzos de la guerra mantuve abierta la Bolsa de Madrid, como excepción única en Europa. Traté de auxiliar la construcción de ferrocarriles secundarios, que ahora son objeto de nueva discusión en las Cortes.

—¿...?

—En la constitución de unas Cortes pedí la palabra para protestar de la admisión de Morayta en el Congreso. Hice un discurso enérgico, haciendo resaltar que Morayta era el presidente de las logias masónicas de Filipinas, en cuyo seno se tramó la rebelión de aquel Archipiélago. Maura se levantó a apoyar la admisión del diputado, terminando con estas palabras: «Yo diré: Maura, sí.» Por fin fué admitido Morayta por tres o cuatro votos. Yo fundé mi acusación contra el diputado republicano en que un compañero mío, que todavía vive y que figuraba en aquellas logias, fué expulsado del Cuerpo Jurídico Militar. Y en cambio a Morayta se le quería llevar al Congreso.

—¿Qué obras tiene usted publicadas?

—Unas doce o catorce. Entre ellas las hay de carácter militar, otras jurídicas, filosóficas y dos volúmenes de poesías y varios folletos y conferencias donde trato cuestiones sociales y agrarias.

—¿...?

—No sé lo que durarán las Cortes. Pero deben durar mucho para arreglar tantas cuestiones como tienen pendientes. Se trata de problemas que, por afectar a la nación entera, no deben tener carácter político. Nosotros, los conservadores, colaboraremos con el Gobierno. Y a esa actitud nuestra debe éste corresponder observando una gran prudencia en las resoluciones que tome. De otro modo iríamos todos al fracaso.

—¿...?

—No creo en la necesidad de un Gobierno nacional. Será Gobierno nacional todo el que sienta las necesidades de la Patria sin acordarse de que nació en el seno de un partido.

—¿Cree usted que se lleve a cabo la unión de las derechas?

—No existe base común para ello. Ni basta con la cuestión religiosa, el único nexo que pueda existir para efectuar esa unión.

—¿...?

—Quién sabe cuáles serán los problemas que sea más preciso resolver. Después de la guerra, veremos... Pueden surgir nuevas necesidades que exijan medidas distintas a las que ahora pudiesen adoptarse. Lo que necesitamos, y esto ya se ha dicho muchas veces, es bastarnos a nosotros mismos.

Como se acercaba la hora de la comida, dimos por terminada nuestra conversación con el ilustre ex ministro y excelente poeta Sr. Ugarte.

Miguel de Castro.

El Gobierno Nacional de los lectores de "La Semana,"

RESULTADO DE NUESTRO PLEBISCITO

Conforme a lo establecido en las bases de nuestro Plebiscito para designar, por medio del voto de los lectores de LA SEMANA, las personas que en las graves circunstancias porque atraviesa España deben constituir un Gabinete Nacional, comenzamos el miércoles, día 21 del pasado junio, la entretenida tarea de examinar y clasificar los votos recibidos.

Las papeletas llegadas a nuestras oficinas hasta el día 20 a las doce de la noche, en que terminó el plazo de admisión, han sido 47.751, de las cuales se inutilizaron, por no ajustarse a las condiciones fijadas, 48. Quedaron, pues, útiles, 47.703.

La tarea de clasificarlas, encomendada durante varios días a dos empleados de nuestras Oficinas, ha sido en extremo laboriosa. Nombre por nombre se ha ido viendo con escrupulosa exactitud las veces que cada persona era designada para un determinado departamento, y cuando, hecho de este modo el escrutinio, ha podido comprobarse quiénes eran los que para la Presidencia y las distintas carteras habían obtenido mayor número de sufragios, se ha procedido a buscar sus nombres juntos dentro de una misma candidatura.

Las candidaturas coincidentes en que aparecían todos ellos han sido 3.114. De entre éstas se extrajo una para la adjudicación del premio ofrecido, resultando la que a continuación reproducimos:

PLEBISCITO DE LA SEMANA	
CANDIDATURA PARA UN MINISTERIO NACIONAL	
Presidente del Consejo de Ministros	D. Antonio Maura
Ministro de Estado	Sr. Marqués de Alhucemas
Ministro de Gracia y Justicia	D. Gumercindo Azcárate
Ministro de Hacienda	D. Ángel Urzáiz
Ministro de la Gobernación	D. Juan de la Cierva
Ministro de la Guerra	Sr. General Weyler
Ministro de Marina	Sr. General Miranda
Ministro de Instrucción Pública	D. Julio Burell
Ministro de Fomento	D. Rafael Gasset
FIRMA DEL LECTOR.	
M ^a glesias Portela	
que vive en	Barballedo
calle	Praga
provincia de	Pontevedra
núm.	2
cuarto	

El señor Maura ha obtenido 33.534 votos; el señor marqués de Alhucemas, 18.691; el señor Azcárate, 5.933; el señor Urzáiz, 33.258; el señor La Cierva, 19.749; el general Weyler, 24.263; el general Miranda, 28.511; el señor Burell, 15.705, y el señor Gasset, 24.273.

Para la Presidencia y para las carteras de Fomento e Instrucción Pública ha obtenido más de 10.000 votos el señor conde de Romanones.

El Sr. Dato ha obtenido para la Presidencia 1.206 votos, y menos de 500 los Sres. Lerroux y Alvarez (D. Melquiades).

También han obtenido más de 10.000 votos el Sr. Alba para los Ministerios de Hacienda y Gobernación; el Sr. Gimeno, para Estado y Marina; el Sr. Royo Villanova para Instrucción Pública, y el Sr. Sánchez Guerra para Gobernación.

El Sr. Bergamín ha sido designado en varias papeletas para Hacienda.

El general Luque ha logrado algunos sufragios para la cartera de Guerra, que desempeña.

Los actuales ministros Sres. Barroso y Ruiz Jiménez no han obtenido ni un solo voto para ningún departamento.

De los que no han sido ministros han sido votados, además de los Sres. Azcárate y Royo Villanova, el Sr. Soriano (D. Rodrigo) para Instrucción pública, Gobernación y Gracia y Justicia. Para este departamento ha obtenido 5.003 votos, muy pocos menos que el Sr. Azcárate. También lograron lucida votación los Sres. Alcalá Zamora, para Gobernación e Instrucción Pública; Unamuno, para Instrucción Pública, y Maura (D. Gabriel) y González Hontoria, para Estado.

**

Al enviar el pasado jueves a la señora o señorita María Iglesias Portela la cartera con doscientas cincuenta pesetas, ofrecida como premio a la persona que firmase la candidatura favorecida, la hemos suplicado que nos remita su retrato. Si nos atiende, lo publicaremos en el próximo número.

Biblioteca Nacional de España

LAS PENINSULAS TRAGICAS

Podrá ser la historia maestra de la vida, como dijo un clásico infantil y crédulo, pero, es maestra fracasada porque si enseña algo, sus enseñanzas resultan estériles y en nada nos aprovechan.

Y la historia enseña que en Europa hay dos penínsulas trágicas destinadas en el mundo al bajo papel que se asigna a la mano del gato, el de sacar las castañas del fuego.

Son dos penínsulas madres y sus hijos las tratan despiadadamente. La península de los Balcanes proyectó hacia Oriente la linterna de Diógenes exploradora de hombres; la Península Ibérica tendió la vela de sus naos descubridoras de nuevos mundos hacia el Occidente; y mientras Grecia recibía en pago de su labor la invasión turca, España gustó los galardones de la gratitud americana en las aguas de Santiago de Cuba.

En los momentos más culminantes de la historia de Europa las dos penínsulas mártires pagaron los errores, las ambiciones o los crímenes de otras naciones. No les sirvió de defensa ni la corriente del Danubio y la valla de los Balcanes a la una, ni las olas del mar y las crestas del Pirineo a la otra. En la hora de las catástrofes y de los sacrificios poderes extranjeros uncieron a sus carros de guerra las bravas, nobles y sufridas bestias que se apacientan en la orilla del Tajo y del Eurotas.

Cuando Alejandro quiso conquistar el Asia se llevó con sus rudos macedonios a los valerosos griegos defensores de Europa contra las invasiones asiáticas; cuando Aníbal se propuso pasar los Alpes para destruir a Roma, reclutó las más fuertes de sus tropas entre los iberos que arrancan a Tito Livio un grito de admiración.

Aspiran César y Pompeyo al dominio del mundo y poco más tarde al imperio Antonio y Octavio, y reclutan sus soldados entre griegos y españoles y deciden sus contiendas en tierras y mares de ambas penínsulas.

Muchos siglos después Carlos V conquistaba laureles en Europa con los tercios españoles y disponía de nuestra gente para lejanas y antipáticas guerras en todo extrañas a nuestros nacionales intereses.

Y ya en tiempos modernos Francia e Inglaterra se daban la batalla en esta Península, en la que Wellington adiestraba a los soldados que habían de combatir en Waterloo.

Y se alza ya el telón del último acto de la tragedia. Acuden a ventilar sus rencores los beligerantes europeos a la Península de los Balcanes. Logran los unos dominar a Serbia aplastada por los búlgaros y los turcos; intentan en vano los aliados espugnar los Dardanelos y ocupan a Salónica. Pretenden todos arrastrar a la guerra a griegos y rumanos, y parece próximo el día en que esos infortunados pueblos serán sacrificados en aras de la discordia del Occidente europeo, con la que no tienen punto ninguno de contacto y que solo ha de producirles mortandad y devastaciones.

Y entretanto, en la otra Península trágica, prende también el fuego del incendio en Portugal nuestro hermano peninsular, que hasta ahora sólo combate en África, pero que ya prepara un fuerte ejército destinado, tarde o temprano, a intervenir en la lucha cuando lo reclamen sus aliados, y pueda, por cualquier camino, abrirse paso hasta la línea de fuego.

Y España, entretanto, no debiera vivir heroicamente tranquila, ni repetir, como hace dos años, el refrán moderno: «Agua y sol y guerra en Sebastopol». Los tiempos han cambiado, las distancias se estrechan, el peligro aumenta, arrecia el vendaval, y más bien debiéramos recordar del viejo repertorio de Sancho Panza el prudente refrán: «Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...»

El pueblo se da cuenta de la situación tal vez porque sabe que en esos litigios a él le toca siempre el pago de las costas; pero los directores de la política no salen de su vida normal. Acaban de discutir latamente las autonomías regionales y las excelencias del catalán y del castellano. También les ha preocupado mucho una crisis que ocurrió hace años. Ahora van a debatir sobre impuestos y otros menesteres. No sería extraño que algún prohombre pidiese aclaraciones al Gobierno sobre la batalla del Gualate.

Y es que probablemente en las dos penínsulas el origen de sus males consiste en la contex-

tura del carácter nacional, mezcla de resignación cristiana y de fatalismo musulmán. No en vano en la Península de los Balcanes está Bizancio y en la de los Pirineos Madrid, dos ciudades alegres y confiadas, de las cuales la una discurría la luz increada en la hora en que los turcos asaltaban sus murallas, y la otra acudía jubilosamente a los toros en la tarde del día en que se sepultó en el mar la última escuadra española.

La impasibilidad es en pueblos e individuos una gran virtud; pero a ese extremo llevada... ¡que no se repita! Son preferibles las desesperaciones épicas de Numancia y Gerona. Y esas sí que, desgraciadamente, pudieran repetirse.

Rafael Ginard de la Rosa

CUENTO DE «LA SEMANA»

DE TAL PALO...

Don Miguel Gordillo, marqués de Fernani, había cumplido ya los sesenta años. El tiempo, los placeres juveniles y los viajes, que tanto fatigan, no pudieron, sin embargo, rendir ni agotar las energías de aquel privilegiado organismo, y el marqués de Fernani, penúltimo vástago de una heroica raza de octogenarios, se conservaba bien con su vigorosa cabeza de héroe encapuchado, su entrecejo testarudo, su cuello apoplético, surcado por gruesas yugulares, bajo las cuales se adivinaba la sangre corriendo a chorros, sus ojos grandes, que miraban con esa expresión dominadora y tranquila que tienen las pupilas de los leones empujados por el calor de la siesta, su cuerpo y sus hombros jayanesco y sus manos de herrero, morenas y duras como zarpas...

D. Miguel Gordillo estaba pobre; confiscadas sus haciendas, expulsado del ejército a cuya angosta disciplina su turbulenta complejión no pudo amoldarse, sin parientes que le acudiesen ni habilidad para entrometerse en ningún negocio, la vejez le sorprendió indefenso, sometiendo a un modestísimo vivir burgués.

De tan espantoso desastre de bienes y de amores, el marqués de Fernani sólo había logrado salvar un afecto: el de su hija Carmen. Las primeras ternuras de su alma fueron para sus padres, luego quiso a sus hermanos, más tarde a la santa mujer que le acompañó durante treinta años, aceptando humildemente y sin protestas las aventuras, errores y criminales veleidades de su dislocado vivir. Pero la muerte se lo había ido quitando todo poco a poco: padres, hermanos, esposa, amigos y dinero, hasta dejarle sin otro cariño que el de una niña a quien su extrema pobreza obligaba a vestir con plebeyos trajecillos de percal... Aque la hija era para el anciano lo que un trozo de madera para el naufrago que bracea desesperado contra las olas, lo que un poco de fuego para el que agoniza de frío, lo que un hilillo de luz para el desdichado minero perdido en las lóbregueces del alón...

Lo era todo: calmante y espuela, sombra y luz, tierra y cielo... familia, patria y Dios...

En Carmen, el marqués de Fernani había grabado el sello de su poderosa personalidad: tenía su misma cabeza, larga y fuerte; su mismo entrecejo, pensativo y terco; sus ojos, de mirar sereno y ardiente... Y sobre todo su carácter, su voluntad; aquella voluntad sin freno, que se imponía a todo. Viéndola tan idéntica a sí mismo, Miguel Gordillo sentía germinar, allá en sus adentros, una vaga inquietud...

—No puedo negar—pensaba—que es hija de mi carne; tiene mis nervios, mi sangre... ¿Tendrá también mis pasiones? Dicen que las pasiones se heredan con la sangre... ¡Oh!... Antes que esa terrible ley de herencia se cumpla en esta niña, prefiero verla muerta...

Pasaron varios años y aquellos rasgos continuaron acentuándose; más tarde, con la llegada de la juventud, la marquesita Fernani sufrió una enfermedad gravísima, que degeneró en anemia.

La niña, al convertirse en mujer, quedó herida de muerte: sus mejillas palidecieron, un círculo violáceo, rodeó sus ojos, sobre su frente siempre húmeda, los cabellos lacios desfallecían,

bajo la piel blanca, de una blancura fría de virgen veneciana, la sangre, pobre en fibrina, corría lentamente formando una red de hilillos infecundos...

La enfermedad de la marquesita Fernani tuvo varias alternativas: unas veces se agravaba, encorvando la columna vertebral de la paciente, blanqueando sus labios; otras el juvenil temperamento de Carmen, aquel organismo extraño sobre quien la voluntad y los nervios ejercían un imperio casi absoluto, reaccionaba, venciendo a la muerte, y entonces una oleada de sangre, fresca y roja, coloreaban los labios, aumentando la serenidad y ardimiento de los ojos que miraban con ansia de saber muchas cosas... Estos vaivenes, que duraron más de un año, los observaba el marqués de Fernani con ansiedad indecible: si la enfermedad se entronizaba, el desdichado anciano se sentía morir; y otras veces, cuando la vida triunfaba, una indecisa preocupación de terror le asaltaba. Aquella niña, amén de ser un pedazo de su carne, era un reflejo de su alma, la heredera de su apellido, la depositaria de su honor sin mácula.

—La enfermedad de mi hija—decía Gordillo—escuda su virtud. Si al fin la vida triunfase, si la sangre, esta sangre inquieta que yo puse en sus venas, despertase el casto marasmo de los músculos y de los nervios, acaso fuese lo que yo he sido... ¡y entonces!...

Pensando en esto, el marqués de Fernani sentía caer sobre su hija el desprecio que a él le inspiraron las mujeres a quienes burló, y un velo sangriento nublaba sus ojos, y las venas de su cuello de toro viejo se llenaban de sangre...

Pasaron algunos meses; con la llegada del invierno, la marquesita Fernani empeoró; la anemia iba paralizándolo poco a poco las palpitaciones de aquel corazón; la muerte triunfaba...

—Si su hija no sale de Madrid—le habían dicho a Gordillo los médicos a quienes reunió en consulta—esta situación tendrá un desenlace muy trágico.

Los médicos de las grandes capitales tienen la costumbre de enviar a provincias sus enfermos incurables, sin otro objeto que el de ahorrarse la molestia de verles morir.

El marqués de Fernani no vaciló ante el inmenso sacrificio pecuniario que aquel cambio de residencia suponía, y tras mal vender los últimos cortijos que allá por tierras de Huelva le quedaban, alquiló un hotelito en un pueblo costero de los alrededores de Valencia.

Todas las tardes padre e hija, cogidos del brazo, salían a pasear por la playa, recibiendo los tibios rayos de aquel pálido sol de invierno: él, alto, sanguíneo y membrado, caminando con paso firme; ella, débil, pálida, temblando bajo su capa de pieles. El viento era frío, las olas azotaban suavemente los peñascales de la costa, echando un lamento largo y triste; sobre el mar, de un color verde y sombrío, el cielo extendía una bóveda gris... Ante el dolor silencioso de la enferma, los pescadores se quitaban el sombrero, como las multitudes se descubren ante los muertos que pasan.

La mañana en que la marquesita Fernani no había de poder levantarse llegó; los tres médicos que el anciano marqués mandó venir, comprobaron que se trataba de un caso desesperado. Los primeros días fueron de fiebre; después aquella excitación calenturienta pasó, y sobrevino un período de somnolencia, durante el cual la joven, tendida sobre el lecho en actitud suprema, con los labios entreabiertos y las extremidades extendidas, yacía inerte, como sumergiéndose en la vanidad sin fondo de la nada. Los médicos reconocieron que la enferma moría de anemia, y que, para salvarla, era indispensable realizar la trasfusión de la sangre.

Inmediatamente corrió por el pueblecillo la noticia de que el marqués de Fernani ofrecía dos

mil pesetas a quien cediese su sangre a la enferma.

Al pronto hubo varios pescadores que quisieron prestarse al sacrificio; pero luego, tan pronto como supieron que aquella operación podía poner su vida en grave riesgo, el instinto de conservación pudo en ellos más que la codicia, y cambiaron de opinión.

Transcurrieron veinticuatro horas, durante las cuales Miguel Gordillo no pudo dormir. Atardecía: la enferma se hallaba en su lecho, inmóvil, presa de un síncope que iba prolongándose demasiado; los médicos, sentados en un ángulo del dormitorio, conversaban en voz baja; el marqués, en pie, delante de la ventana, con las manos en los bolsillos del pantalón y la frente apoyada sobre los cristales, miraba el mar, que ceñía el horizonte con una cinta negra; su cuerpo se encorvaba sobre el rectángulo iluminado del balcón; proyectando en la pared opuesta una sombra enorme.

De pronto uno de los médicos exclamó: —¿Qué hacemos? ¡No hay minuto que perder!...

El marqués se volvió; los otros dos médicos se miraron, encogiéndose de hombros.

—Nada podemos hacer—dijo uno—puesto que nadie quiere prestarse a la operación...

El viejo marqués se estremeció y recobró la actitud que antes tenía, con las manos en los bolsillos y la frente apoyada sobre los cristales de la ventana. Por su cerebro había cruzado, rápida como un disparo eléctrico, la idea de dar otra vez su sangre a su hija... ¡Pero, no!... El creía que las pasiones se heredan con la sangre, y temía los perversos instintos de la suya... Recordó su juventud, su sed jamás satisfecha de placeres... Su hija, al recibir su sangre, podía sentir todo aquello; el refrán lo dice: *de tal palo...* Además, aquella resurrección de la joven coincidiría con el decaimiento, acaso con la muerte del padre; que, postrado y agonizante, no podía defenderla...

La sombra de su cuerpo atlético recortaba en la pared opuesta de la habitación una sombra gigante; sobre sus hombros de jayán aparecía su cuello poderoso, plétórico de sangre...

Uno de los médicos, el más impaciente, se puso en pie, exclamando:

—¿Qué hacemos? Miguel Gordillo le miró con aire distraído, moviendo la cabeza.

—No perdamos minuto; esa niña se muere... En el fondo del dormitorio, bajo el blanco pabellón de unos cortinajes de muselina, la marquesita Fernani, pálida, con una palidez eucarística, parecía dormir el sueño eterno...

Otro de los médicos dijo: —Si hubiese una oveja... intentáramos la operación.

—Ya no hay tiempo... —No... todo lo que intentemos, pasados quince o veinte minutos, sería inútil...

Los médicos habían vuelto a sentarse y hablaban con su tranquilidad de hombres familiarizados con la muerte. El anciano marqués permanecía en pie, cruzado de brazos, atormentado por el cruel combate que en sus profundos sostenían el orgullo de su apellido sin tacha y su amor de padre. Sus mejillas temblaban ligeramente, sus dientes, convulsivamente apretados, crujían...

De repente uno de los médicos se levantó. —¿Y con usted, marqués, por qué no hacemos la trasfusión?...

Sus dos compañeros, animados súbitamente por aquella idea que les pareció redentora, también se levantaron.

—¡Eso es, eso es! ¡Vamos!... Se habían acercado a la enferma y la pulsaron.

—Aún podemos salvarla... —Sí... pronto... la sangre de usted es excelente... ¡Vamos!...

—¡No!—gritó el marqués—; ¡eso nunca!... Hubo un silencio trágico.

En aquel momento la figura del noble marqués de Fernani, renunciando a su hija por salvar su honor, adquirió la grandeza de la de Guzmán el Bueno, sacrificando a su hijo en aras de la patria.

—Con mi sangre—murmuró—heredaría mis pasiones, mis vicios... Como estoy viejo moriré pronto... ella me deshonraría... y antes que sin honra prefiero verla muerta... ¡Dejadla dormir!

Eduardo Zamacois

NO COMPRAR NADA
SIN VISITAR EL
BAZAR X
ESPOZ Y MINA, 4

COMENTARIO SENTIMENTAL

LA VERDAD ACERCA DE ESPAÑA

Hemos estado en Toledo. Mi amiga, una dama rusa que, sorprendida en París por la guerra, ha aprovechado la forzada ausencia de su país para hacer un viaje por España, me cuenta sus impresiones, y después de el elogio fervoroso y entusiasta de la vieja urbe española, habla de la Academia de los cadetes.

—He tenido una sorpresa gratísima — me dice—. ¡Qué correctos, qué bien educados, qué amables! Más que en un centro de educación para muchachos creía uno hallarse en el más aristocrático de los salones. ¡Ni una voz más alta que otra—prosigue—, ni una frase de gusto dudoso, ni la más pequeña incorrección! ¡Tan serviciales, tan caballeros, tan cordialmente respetuosos!... ¡Están muy bien, muy bien educados! Hace la dama una pausa, durante la cual parece recapitular, después reanuda: —Por supuesto, que los militares españoles son un modelo de educación. En ninguna parte los he visto más correctos, con una conciencia más clara de a lo que obliga el uniforme. Realmente una dama en la calle se siente protegida por ellos. Un tropiezo por culpa del idioma, de los que padecemos todas las extranjeras; una impertinencia de un grosero, un lance desagradable, y no hay si no acercarse a cualquiera que vista el honroso uniforme para encontrar protección.

Mi amiga que, como buena extranjera, es curiosa y siente un gran deseo de penetrar el sentido de las costumbres de los sitios que visita, ha ido a los toros, a los cines, al circo, a los festejos populares, a los cafés de cante, y me hace el resumen de sus observaciones.

—El pueblo español tiene esa educación natural y espontánea que se llama cordialidad y que es como el instinto de la buena educación. No saben las reglas exactas de ésta; pero ponen tan buena voluntad, son tan espontáneos, tan obsequiosos, tienen una sonrisa tan natural, que se hacen simpáticos. Verá usted; va uno, por ejemplo, a un café cantante (y pongo este ejemplo porque el café de cante tiene fama de ser un antro refugio de toda grosería), y cuando se desvanece la curiosidad primera, siempre un poco impertinente, si llevamos de un espíritu análico, hacemos preguntas, sencillamente, en amigos; el hielo se funde y aquellas gentes son llanas, respetuosas y con una alegría espontánea. ¿Pues y la burguesía modesta?—continúa hablando—. En ninguna parte del mundo son más correctos. Basta que vean a una señora para que le dejen su sitio en el tranvía, para que en el teatro o en los toros no la pongan obstáculos a su mayor comodidad. En todas partes, en París, en Londres, en Berlín, en Petersburgo, el que ha pagado un sitio está tan seguro de su derecho, que no se molesta por los demás; aquí son diferentes, procuran que los otros disfruten del espectáculo lo mejor posible... ¡Pues y las ciudades!... Ustedes, los españoles, calumnian a España. No es solo el cielo, ni las viejas capitales—el señorío de Segovia, la mística desolación de Avila, la nobleza áspera de Toledo—es la riqueza moderna, comercial y ultracivilizada de Barcelona y Bilbao, la elegancia de Madrid... Porque Madrid es precioso. Hay pocas ciudades que tengan un paseo tan bonito como el que va desde la Estación del Mediodía a el Hipódromo. No, no; los españoles calumnian ustedes a su patria.

Ha callado mi amiga y yo he meditado un momento. No es falta de amor, ni desapego, ni desgana de vivir lo que tenemos. Es un pesimismo verbalista, que en el calor de la improvisación nos lleva a decir lo que no sentimos realmente. Y he pensado que para que los pueblos sean grandes han de ser individualmente optimistas, colectivamente serenos, confiados e imparciales.

La guerra ha traído a nuestro país una ola de civilización, claro que no de honda, transcendental civilización, sino de esa espuma frívola y convencional que es la parte más teatral de ella; pero siempre civilización.

Hasta la guerra los grandes hoteles fastuosos eran como misteriosos palacios de leyenda donde unos cuantos provincianos (además de asustarse de los precios) se aburrían y unas cuantas niñas casaderas jugaban al cosmopolitismo; en los hipódromos corrían caballos españoles a la

LOS FRANCESES, JUNTO AL ENEMIGO



—¡Ay, vecina, que riesgo tan grande el de mi marido! ¡A cinco kilómetros de los enemigos!
—¿A cinco kilómetros? Más cerca está el mío, escasamente a medio metro...
—Pero, ¿dónde? ¿Qué hace?
—Es el que custodia a los prisioneros.

(De Le Rire.)

MENSAJERIAS

(CONTESTACIÓN PAGADA)

A un conjuncionista...

¿De manera que ahora resulta que Nougés es un irreductible, Ayuso un recalcitrante, Morayta un «celestino», Azatti un contumaz y Llorente el «Moisés», salvado de las aguas electorales, un sempiterno discolo?

Bueno, hijo; pues diga usted a quien se lo ha dicho que le devuelva el dinero. La minoría, bajo la jefatura de Lerroux, es cosa descontada. Usted no se ha enterado, porque vive usted en las Batuecas... republicanas, que son la verdadera, las auténticas Batuecas, donde aprendió «Figaro» a escribir.

A D. Martín...

Martín, si no te preparas con bandos menos ligeros, esa huelga de carreros traerá su cambio de «varas».

A Rafaelita Haro...

¿Qué cosas tiene *El Imparcial*, verdad, Faelita? Decir que no gana usted más que seis duros de sueldo, cuando todo el mundo decía que eran trece.

¡A ver si cuando vaya usted a la Zarzuela sígue en sus trece!...

A Gaona...

¿Sabes lo que ocurrió anoche en Fornos? Pues llegó «Julianón» a punto que la orquesta «atacaba» *Marina*. Retana, que como buen «dilettanti» tararea más que «Don Pío», no pudo contenerse, y comenzó:

«Ven, Rodolfo, ven por Dios»...

Y Julianón, que como buen vasco, es franco, le mandó callar, diciéndole:

—Que no venga Rodolfo. Que venga antes el mismísimo Vicente. (Por no decir el mismísimo demonio.)

A un crítico de arte...

«Anglada es un genial intérprete de la naturaleza». «Anglada pinta a la luz de bombillas eléctricas». ¿En qué quedamos? ¿O cree usted que las bombillas son tan naturales como las patatas?

conquista de premios irrisorios, y nuestros teatros vivían de su elemento propio. Pero vino la guerra y como además de los patriotas que se sacrifican, de las madres que esperan anhelantes el retorno de sus hijos y de los hombres serios que viven por el amor de su patria, hay otros elementos, unos artísticos, otros científicos y otros sencillamente frívolos, que son habitantes de Cosmópolis; España, lejos de la lucha, fué la tierra de promisión. Y vino el desfile de sabios que querían laborar por su patria, de músicos y cantantes que buscaban la gloria, de pintores que cerraron el mercado de Europa y difícil el de América, venían aquí con su obra admirable. Y los hoteles despertaron como palacios de la Bella Durmiente; hubo conferencias y representaciones teatrales; tuvimos los Bailes Rusos, las carreras de San Sebastián, varias exposiciones interesantísimas...

Claro que todo esto, aunque muy importante, es en la vida de un pueblo meramente episódico y que hay otra civilización hecha de cultura individual y general, de bienestar, de anhelo, de perfección y de instinto comercial; pero todo esto, en parte, poseíamoslo ya y, en parte, no lo teníamos porque nos faltaban los medios materiales, y precisamente como la vida es un círculo fatal, estos medios están en la otra civilización, en la frívola, brillante y aparatosa.

Ahora lo que hace falta es saber enlazarlas; que lo útil saque fuerza de lo inútil, que lo costoso sea con creces productivo. Y así, al acabar la guerra, España, respetada por todos, resurja y se coloque entre los países más bellos, más gratos, más varios y más civilizados de Europa.

Antonio de Hoyos y Vinent

LIBROS DE LA SEMANA

«Celebridades españolas y sud-americanas». Van publicados Bécquer y Zorrilla, precio de cada volumen, 3,50 pesetas.—Biografías anecdóticas llenas de interesantes pormenores y detalles hasta hoy desconocidos.—Concha Espina de Serna: «Al amor de las estrellas», 3,50 pesetas. Tiernas, delicadas, amenas páginas consagradas al estudio de las mujeres del Quijote.—José Francés: «La estatua de carne», 3,50 pesetas. Novela interesantísima llena de emoción y veracidad.—Rafael de Santa Ana: «Manual del perfecto canalla», 3,50 pesetas. Libro de un gran humorismo y una retazón y graciosa sátira.—Carmen de Burgos (Colombine): «Confidencias de artistas», 4 pesetas. Intimidades de las más renombradas artistas españolas y extranjeras.

De venta en todas las Librerías y en la Sociedad general Española de Librería. Ferraz, 25, Madrid, donde se sirven los pedidos contra el envío de su importe por giro postal o sellos de Correos.

Margarita Nelken

PINTORA Y ESCRITORA

En el mundo de las mujeres que estudian no sé lo que pasa; pero la carne y el espíritu de esas mujeres se corrompe, no de pecado, ni de virtud, sino de otra cosa: de insipidez, de insinceridad, de desarreglo, de artificio, de insustancialidad.

Pocas mujeres de esas merecen mi simpatía porque a pocas las he visto encontrar la fórmula sensata y natural. Todas se suelen desviar con desviaciones absurdas y difíciles. El pensa-



Perfil castellano.

miento varonil que busca cierta lógica en ellas siente su desnaturalización y su desorientación, fenómenos extraños de desquiciamiento, de retorcimiento, extraños retortijones insufribles.

Solo una elevada escritora, Carmen de Burgos, ha sido para mí el mayor ejemplo de cordura, de buena y estricta relación entre la sincera humanidad de la mujer y la sincera y debida inteligencia. Carmen de Burgos, sin embargo, estaba muy sola en nuestra amplia Península literaria, habitada por demasiados hombres y sin ninguna mujer. Tenía que surgir la nueva mujer, la otra.

Margarita Nelken, con su nombre extranjero, ha sido una revelación española sorprendente y firme. Margarita Nelken es lo moderno expresado por el acierto de su don natural, primero, y por su don adquirido, secreto y último.

Necesitamos la feminidad de las cosas, y esa no nos la puede dar más que la mujer. Necesitamos para mayor certeza de la certeza su corroboración por la mujer. Entiéndase bien esto: más que la mujer que es un detalle en medio de la feminidad sideral, necesitamos esa siderea feminidad.

Necesitamos a la vez presenciar una mayor dignidad en la mujer. Se necesitan mujeres que no necesiten ni aguanten la galantería cursi y trillada, que se resistan a esa claudicación galante a la que se somete a la literatura, derivación con la que sueñan ciertos inconfundibles mentecatos que aun así resultan excesivos grandes hombres para las otras.

Necesitamos mujeres que no desmientan una esperanza remota que tenemos, mujeres que tengan el fino olfato para reconocer al falsario, al plebeyo, al cursi rematado.

Margarita Nelken reúne esas noblezas superiores. Margarita es una bella jovencita de ojos azules y un poco rosas por como una entonación rosa de su rostro y de su feminidad influye en sus ojos. A Margarita la envuelve lo rosa, un rosa radiante e intenso. Es la mujer toda de rosa, de una carnación rosa, de un rosa elegantísimo y optimista.

Margarita se ríe insinuamente, con una risa penetrante y sabia. Siempre. Sin embargo, en su risa hay algo raro que hace pensar que su risa no es de ningún modo la risa pueril. ¿Qué

es eso? Quizás es que se ríe con esa risa regada, esa risa eternecedora de quien ha llorado antes de reír. Se ríe porque es buena; se ríe para consolarse y para que la consoléis. Ella ha visto las ciudades en todo lo que tienen de grotesco; ella ha sufrido un áspero silencio a su alrededor, ha sufrido el trabajo penoso en cuya tarea más cerca se está de las lágrimas que de las risas, se ha acongojado al tener que desdenar demasiadas cosas, ha sentido—y de ahí más que nada su gran categoría—lo grave que es la vida, la gravedad de todo, del cielo, de la tierra y del mar. Su risa por eso es una amabilidad excesiva que ella tiene con todos y que hay que saber recoger con un gran agradecimiento y una gran ternura, viendo que Margarita sufre aunque ríe como toda mujer que se ofrece al trabajo largo de la inteligencia y de la observación, como ofreciéndose al martirio.

Los ojos azules de Margarita son miopes, y por eso y por todo están llenos de sí mismos. Se han acercado mucho a las cosas, han tocado más que visto su relieve, su línea más segura, y después rompiendo esa baja relación de dependencia que sigue existiendo entre la cosa y la visión, se han recobrado en la concentración, en la independencia; de aquí esa pintura tan original, tan depurada, tan cernida, tan seleccionada, tan espiritada, tan digerida de Margarita. Margarita por eso se queda con la línea inteligente y central de las cosas, algo que quizás más que línea es aureola, que lo recorta todo más verdadera, material y espiritualmente.

Con un trabajo impropio, apoyándose más en sí misma y en su tremenda realidad que en la realidad lejana y extraña, de la que es tan fácil servirse, Margarita ha pintado todos sus cuadros. Frente a su alma, reflejándose en el lienzo blanco y rústico como en un espejo de luna serena, ha ido deduciendo de entre las incertidumbres las líneas fatales de aquellos seres, de aquellas cosas, de aquellos paisajes. Penosamente ha hecho cuajar los cuadros, ha encontrado todos los vislumbres de la realidad superiores a la certeza, dando intensidad a cada cuadro lo que pudiéramos decir que hay de más grave, de perfil grave en todas las cosas, lo que hay en ellas de relieve superior, de sed de infinito, de crudeza excesiva, de ojeraz, de raíz. El desnudo de la mujer tan difícil, tan manoseado, tan falseado, ha tenido en su pintura una nueva interpretación, un nuevo y más firme torneado, mostrando lo que de tentacular, lo que de araña enorme hay en el desnudo de la mujer. Sólo he



Margarita Nelken.

visto en lo moderno otro desnudo pintado por otra mujer, Mme. Georgette Agutte, que me haya dado la seriedad, la naturalidad, la rotundidad del cuerpo de la mujer, adulterado por los pintores que lo ven a través de voluptuosidades, deseos, inseguridades insubstanciales, y, sobre todo, a través de esa abominable galantería que aleja las cosas, que las quita su verdadero sabor. (Otra mujer, Rachilde, en *La Rana*, ha mostrado literariamente otro desnudo como éstos, de carne tan cruda, de sentido tan crudo).

El misterio de sí misma, el misterio de todos para todos, lo que todos al querer dar, cambian por la vulgaridad, existe abundantemente en la obra de Margarita. Las luces convenientes, más



El niño vasco.

que las luces circunstanciales, aclaran ese misterio, ¿por qué todo ha de estar bajo la luz meridiana que, aunque lo acusa todo, lo borra, se lo come, lo anonada?

Margarita, por primera vez, después de muchos años de paciencia, acaba de hacer una exposición en Barcelona, una exposición de veintitantos cuadros (entre ellos figuraba uno que ella ha llamado *Nuestra Señora de los Pombianos*, y bajo cuya imagen nosotros, los que asistimos a esa sagrada cripta de Pombo; nosotros, los puros Pombianos, colgaremos como ex votos, nuestros libros futuros, que quedarán a su lado como las guías de los teléfonos, junto al teléfono.) En Barcelona han dicho algo que es definitivo de estos cuadros, han dicho: «¿Qué castellano es esto!» Y es verdad, esto es algo que tienen de añadidura estos cuadros, y es que son rudamente castellanos, castellanos como lo egipcio es egipcio.

De vuelta de esa exposición ya está pintando con ese gran ardor suyo unos paisajes que, como ella dice, «tiene en la cabeza». ¡Cuánto más digno y menos animal es eso que tenerlos en los ojos, que ir paciendo en ellos como los malos paisajistas inútiles que llenan los museos con sus paisajes como vistos por los carneros! ¡Oh, solos, muy solos, entre todos Mir—el Mir de antes—y Sunyer!

Estos paisajes que Margarita ya ha revelado alguna vez y que ella lleva en el gran valle del cerebro, bajo una especie de nebulosa espesa, pero sensible, atravesada por luces doradas y conmovedoras, son de los paisajes más humanos que he visto, son los paisajes evocados por una memoria que se escapa a lo circunstancial y a lo provisional. Todo así tiene en ella un sentido profundo, pavoroso bajo una fuerte realidad y sin menoscabarla.

Sólo vale la pena seguir ese camino. Lo otro es arte de gran bazar, arte para grandes hoteles de aborrecible arquitectura, alegría de cotillón, atracción superficial, grandes paisajes de abanico, arte menor de la cerámica, sin ser cerámico, decoración de teatro, estampación de telas, falsos oros, soledad estúpida de los colores, cocotería elegante, cocotería del color y a lo más, en último caso, maestría.

Margarita además, además de pintar y de ha-

cer crítica de arte en las grandes revistas extranjeras, además escribe. La literatura de Margarita es literatura moderna, esa literatura a la que no debe afligirse con críticas ni indicaciones preceptivas. Esta nueva literatura es más fluida y más libre que ninguna y por eso rechaza todo crítica. Por eso ante la literatura de Margarita hay que asegurar sólo una cosa, que es la verdadera, la que merece la pena de escribirse, la que descubre algo, la que rompe con esa política que domina la otra literatura, esa política para llegar y que consiste en repetir las fórmulas con una gran inconsciencia y con una cuidadosa majadería.

Margarita tiene encontrada literariamente la decisión después de la que todo es lo que es y llega al atrevimiento de decir lo que no es, lo estrepitosamente falso, lo que les es a los otros fácil ridiculizar, pero con lo que se da la sensación de lo que es de un modo enloquecedor (Margarita, nunca será suficiente la constancia y la insistencia en ese sentido).

Al lado de Margarita, cuando pinta y cuando escribe, está su hermana Carmen, llena de una belleza y de una ingenuidad sabia y perspicaz. Carmen, con un instinto inequívoco, corrobora todo lo que hace Margarita, la defiende y se une a ella en esas finas ironías que tanto refuerzan lo que sufre el constante embate del error público, del error y del cretinismo que son como esas aguas que combaten a esos valientes y altivos islotes—cabezas rebeldes y supremas—que quedan insumergibles en medio del mar.

Ramón Gómez de la Serna

IRLANDA

(Un súbdito inglés, a quien no tenemos el honor de conocer, mister Walter B. K. Ridge, nos pide desde Esldia (Castellón), la publicación del siguiente artículo, con que contesta, según dice, en defensa de su país, a otro que publicamos hace algunas semanas, de nuestro compañero Argos (Juan Pujol). En el régimen de independencia y de alternatralidad (unos y otros) en que vive LA SEMANA, peticiones de esa naturaleza tienen no sólo la merecida acogida, sino, además, una sincera simpatía.—N. de la D.

Habiendo leído en el número primero de LA SEMANA el artículo escrito por Argos sobre «El drama del pueblo irlandés», he de rebatir lo que dice dicho señor, o mejor dicho, contaré lo que ha pasado entre Inglaterra e Irlanda durante los últimos treinta años, para que los lectores del periódico puedan juzgar por sí mismos si el referido escritor tiene razón o no en lo que dice.

Hasta el año 86 del siglo pasado los dos partidos políticos ingleses, o sea el liberal y el conservador, tenían la misma política irlandesa, la de la represión de las aspiraciones nacionalistas de Irlanda por medio de la coerción tiránica e intransigente; y los irlandeses, por su parte, aunque luchaban políticamente bajo la jefatura de Mr. Parnell, también por desgracia trataban varias veces de ganar su objetivo, oponiendo la fuerza a la fuerza; y cuando se veían sus tentativas de apelar a las armas ahogadas por la superioridad militar inglesa, se permitían buscar la venganza perpetrando toda clase de crímenes políticos y agrarios, de suerte que cada año había un número grandísimo de asesinatos, homicidios, incendios, mutilaciones de caballos y de otros animales del ganado, y por término medio 5.000 cartas amenazadoras.

En vista de condiciones tan lastimosas, el noble y heroico Gladstone, jefe entonces del partido liberal inglés, después de estudiar el asunto con su famosa habilidad y su perspicacia característica, propuso a su partido un cambio radical de política, es decir, lo siguiente: que Inglaterra abandonara para siempre su sistema despótico de represión y concediera a Irlanda una forma adecuada de autonomía o sea el «Home Rule» que ella tanto anhelaba. Aceptada esta proposición por la mayoría del partido liberal, una alegría indecible tomó posesión del alma irlandesa. En lugar de las densas nubes de desesperanza y de odio, ya brillaba la dulce estrella de esperanza en el corazón nacionalista. Y parece casi increíble lo que luego pasó: de repente, como si fuese por un milagro, cesaron los ultrajes políticos y agrarios en toda Irlanda, y, si no recuerdo mal, el total no ha llegado a una decena en ninguno de los años después, contando cartas amenazadoras y todo.

Pero era una cosa proponer una reforma tan radical y otra llevarla a cabo. El gran Gladstone murió sin ver la realización de su idea generosa; pero llegó a ver su primer fruto en una amistad cordial, una unión verdadera de corazones formada ya entre el partido liberal inglés y el de los nacionalistas irlandeses, o sea entre las democracias de las dos islas, la una librada de todo deseo de oprimir más a Irlanda, la otra curada de su vicio bárbaro de perpetrar crímenes vengadores. Murió adorado por estas dos democracias, las cuales reconocieron en él el campeón de sus comunes intereses, reconocido ahora como idénticos, y el apóstol del evangelio de paz y mutua confianza entre los pueblos de las dos islas. Y después de su muerte, el partido liberal, bajo la dirección de sus sucesores jefes Harcourt, Campbell-Bannerman y Asquith, ha seguido luchando para realizar el cumplimiento de su ideal.

Pero luchaba con esta desventaja, que a lo menos 25 por 100 de sus partidarios habían rechazado la proposición conciliadora de Gladstone y bajo la jefatura de un tal Chamberlain habían pasado al lado de los conservadores. Y así ¡qué tenaz era la batalla contra los enemigos del progreso! ¡Cuánto costó la lucha! Primero, diez y nueve años de guerra política para ganar las elecciones y así obtener una mayoría de diputados en la Cámara baja (de los Comunes) y formar un efectivo Gobierno liberal; y luego, nueve años más para vencer la oposición de la Cámara alta (de los Lores), donde había una mayoría de unos cuatrocientos cincuenta conservadores y liberales cesionistas contra cincuenta liberales; y, visto que estos senadores son vitalicios y casi todos hereditarios también, esa mayoría formaba un obstáculo insuperable para el nuevo Gobierno y le era indispensable quitarles el poder que tenían de rechazar las leyes aprobadas por los Comunes, porque si no nunca hubieran aprobado el «Home Rule». Se obstinaron en no consentir la abrogación de sus derechos y resistieron con tanta ferocidad que solamente se rindieron cuando Mr. Asquith, en nombre del rey, les amenazó con la creación de quinientos nuevos «feus» (lores o senadores) para que hubiera una mayoría liberal en la Cámara alta también. Entonces sí, entonces se rindieron, porque tenían aún más las pérdidas de su prestigio social que las odiadas reformas propuestas por el Gobierno. Y de esta manera, tras de veintiocho años de lucha incesante, varias importantes reformas llegaron al «Statute-book» (libro de leyes aprobadas) y entre ellas la que concedió la autonomía a Irlanda. Y sería imposible decir quiénes se alegraban más de este triunfo, los liberales, ingleses o los nacionalistas irlandeses, eran una cosa ya; tenían un solo corazón, que latía fiel a los intereses idénticos de las dos grandes democracias, para los cuales habían luchado juntos todos esos veintiocho años.

Y ahora los lectores de este artículo pueden juzgar si Argos tiene razón cuando dice que el Gobierno liberal inglés se veía obligado a conceder la autonomía a Irlanda y que la amenaza alemana ha sido uno de los motivos que le obligaron a eso.

Y no tiene razón tampoco cuando dice que el Gobierno «dilató cuanto pudo la aprobación de la ley» y que aplazó la vigencia de ella «para complacer una minoría» de irlandeses que se oponía a ella. No, señor; lo que pasó es que, aprobada la ley por el rey y todo, los elementos británicos que habitan en la provincia de Ulster en el Norte de Irlanda, se oponían violentamente a la aplicación de la nueva ley, amenazando apelar a las armas y formando un ejército voluntario de cien mil hombres para hacer efectiva su oposición; y además, muchos conservadores ingleses les prometieron que en caso de necesidad pasarían armados a Irlanda para ayudarlos. En respuesta los nacionalistas también se armaron para ayudar al Gobierno, y así la situación era muy grave. Pero precisamente entonces estalló la guerra europea, y el Gobierno liberal, para evitar la calamidad de guerra civil, coincidiendo con la del extranjero, aplazó la aplicación del «Home Rule» hasta el fin de la guerra e hizo esto con el pleno consentimiento del partido nacionalista irlandés, porque todos reconocieron que era la única manera de prevenir una confusión interna que hubiera sido desastrosa. Y resultó ¡que la gran mayoría de los dos ejércitos voluntarios irlandeses, que estaban a punto de pegarse, se alistaron en el ejército del Estado y ahora están luchando como compa-

triotas bajo la bandera británica en Francia!

Y ahora, en la última hora, ha ocurrido la rebelión de Dublin. Pero ha sido la obra de una sociedad secreta solamente y no la del partido nacionalista, cuyo noble jefe Mr. Redmond la ha denunciado en el Parlamento inglés como la obra de locos y de personas irresponsables, enemigos de los verdaderos intereses de Irlanda. Dijo que la revolución «había sido para él una miseria y un trastorno de corazón» (a misery and a heart-break). Y esto ha sido la opinión de la inmensa mayoría de nacionalistas, no en Irlanda solamente, sino también en todo el mundo. Redmond ha recibido telegramas de los presidentes de todas las principales sociedades irlandesas de Australia, Nueva Zelandia, Africa del Sur y otros sitios, calificando a la rebelión como una locura y aprobando su condenación de ella. El único irlandés de influencia que se ha mezclado en este asunto lastimoso ha sido un tal Sir Roger Casement; pero ha podido hacer poco, tan poco, que cuando fué a Alemania para alistar reclutas de entre los miles de prisioneros irlandeses allí, sólo cincuenta y siete consentían acompañarle y esto aunque le ayudaban los oficiales alemanes, amenazando a los pobres soldados con varios castigos si se negaban a ir.

Argos manifiesta su simpatía para con los belgas. Hace bien; pero olvida que los extremistas irlandeses, al levantarse ahora contra Inglaterra (y eso con la ayuda de Alemania), se han hecho así, vistas las presentes circunstancias, enemigos de Bélgica. No, señor; en reprimir esta revolución Inglaterra ha seguido luchando para la libertad, aunque se haya visto obligada a verter sangre de sus súbditos. Lo mismo tuvo que hacer la República francesa en 1871 cuando ahogó la rebelión de los Comunistas: pero eso costó veinte mil vidas, mientras la de ahora en Irlanda no ha costado más que mil seiscientas bajas entre muertos y heridos de soldados y rebeldes.

Así es que decir como dice Argos en su último párrafo que «Inglaterra ha ahogado de nuevo en sangre la tentativa de la emancipación de Irlanda», es mostrar que está muy poco enterado del estado de la opinión pública irlandesa de ahora y que tampoco conoce el espíritu del gran partido liberal inglés. No lo conoce, no; puedo asegurarle que ese partido nunca ha faltado a su palabra y tampoco la faltará ahora; lo antes posible se empeñará en poner en vigor la nueva ley de «Home Rule» y así, y en todas las otras maneras posibles, satisfará los deseos legítimos de la democracia irlandesa. Su espíritu es el espíritu de Dios.

Walter B. K. Ridge

FÁBRICA DE RELOJES

CARLOS COPPEL

Fuencarral, 27.—MADRID

Relojes pulsera, en platino, oro, plata y oro-
(imitación oro.)

A CADA RELOJ ACOMPAÑA
CERTIFICADO DE GARANTÍA

REMESAS A PROVINCIAS

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRÍA, donde se imprime esta Revista, se hacen catálogos ilustrados, Revistas gráficas y toda clase de trabajos artísticos, así en la Imprenta como en la Litografía.

Nuestros equitativos precios y la elegancia y perfección de los trabajos que ejecutamos nos han traído tanta clientela, que hemos tenido que aumentar considerablemente los elementos de producción.

UNGRÍA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2
Teléfono 3.812

**PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN**

Trimestre, España, 1,25 pis.

Año..... 5 »

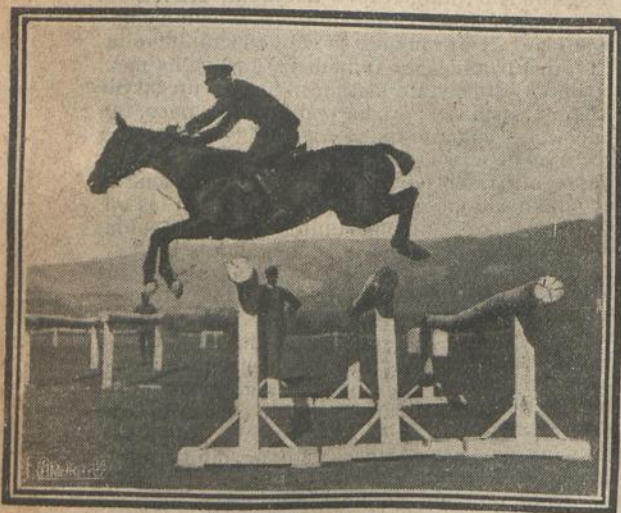
Año, Extranjero. 7,50 »

**SOLICÍTENSE
TARIFAS DE ANUNCIOS**

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

FIESTAS EN GRANADA



El teniente Sr. Villanova, que ganó la copa del infante D. Fernando en el Concurso Hípico.



Los Sres. Martínez e Iblón, que ganaron, respectivamente, la copa del Rey y el segundo premio en el Tiro de Pichón.

(Fotos Torres Molina.)

UN TORERO



El popular novillero Eusebio Fuentes, que mañana torea en Madrid, por primera vez, después de la grave cogida que sufrió en Bilbao el año pasado. (Foto Alfonso)

UN MÚSICO



El maestro Gómez Camarero, que ha obtenido el premio de composición del Conservatorio de Música y Declamación.

(Foto Alfonso.)

FIESTAS EN SEVILLA



Con motivo de las clásicas fiestas de San Juan y San Pedro, se celebró en Sevilla los pasados días un vistoso Concurso de carrozas. He aquí la que ganó el primer premio y fué muy elogiada por las muchachas que la ocupaban.



Grupo de señoritas sevillanas que ocuparon varias de las carrozas del Concurso.

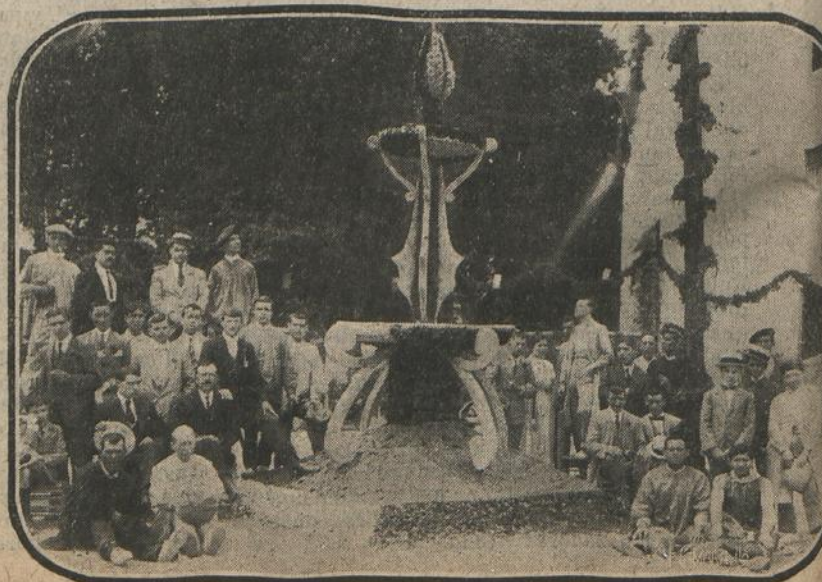
(Fotos Olmedo.)

LOS EXPLORADORES DE LA UNIÓN



Algunos de los niños exploradores que componen el Batallón constituido por...

VERBENA POLÍTICA



Verbena celebrada con gran brillantez en Segorbe por los elementos del distrito, afectos al Sr. Navarro Reverter y los jaimistas.